



LAS SABINAS

#QUEREMOS CHAMBEAR SEGURAS!

INVESTIGACIÓN PARTICIPATIVA



NO
ESTAS
SOLTA



LAS SABINAS

**#QUEREMOS
CHAMBEAR
SEGURAS!**

INVESTIGACIÓN PARTICIPATIVA

Bordando experiencias para erradicar
la violencia sexual-laboral en Ecatepec de Morelos.

2024-2025

Ficha técnica

“Queremos chambear seguras: Bordando experiencias para erradicar la violencia sexual-laboral en Ecatepec de Morelos”, Las Sabinas, México, 2025.

Investigación y análisis realizada por: Aurora Moncada Sanchis, Diana Marcela Ortiz Mesa y Claudia Doroteo Osorio.

Entrevistas: Aurora Moncada Sanchis y Claudia Doroteo Osorio.

Diseño de encuesta: Aurora Moncada Sanchis y Diana Marcela Ortiz.

Diseño metodológico de talleres y presentación de la data: Lilia Montoya Leal.

Implementación de talleres: Lilia Montoya Leal y Pamela Orta Galicia.

Corrección ortotipográfica y de estilo: Aurora Moncada Sanchis.

Coordinación Editorial: Claudia Doroteo Osorio.

Maquetación e Ilustración: Rosario Robles Flores (@rooouzs)

Lettering: Alejandra Hernández (@alme.letters)

Con apoyo de. la Fundación Hilton, Servicios a la Juventud (SERAJ) y Fondo Semillas - Fondo Flou: Libertad y Oportunidades para Jóvenes,

Gracias

A todas las mujeres y disidencias jóvenes de Ecatepec
que bordaron esta investigación con sus voces,
y sentipensares.
gracias por sostener el corazón con fuego vivo.

A quienes nos escucharon, nos abrieron la puerta,
nos acompañaron con cuidados y rabia compartida.
Y a quienes apostaron desde sus trincheras por hacer
posible esta lucha bordada:

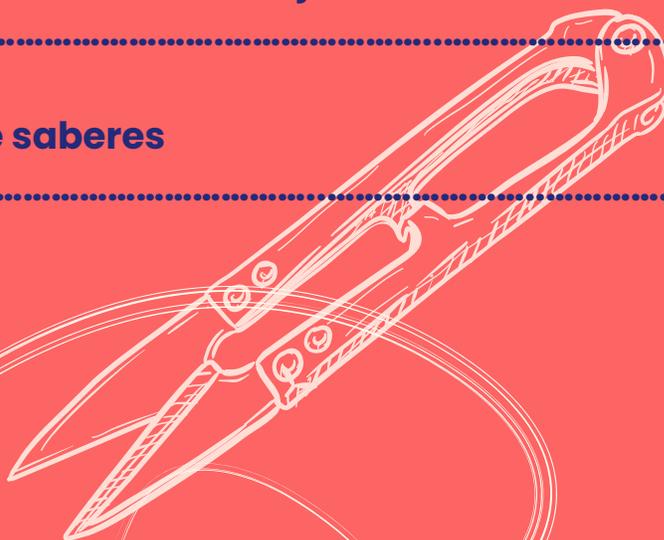
Fundación Hilton, Servicios a la Juventud SERAJ,
Fondo Semillas y Fondo Flou: Libertad y Oportunidades
para Jóvenes,
gracias por creer que las juventudes periféricas
no sólo resisten, también reescriben el mundo.

Este bordado colectivo late desde abajo.
Gracias por entrelazar su confianza con nuestros sueños.

Las Sabinas

ÍNDICE

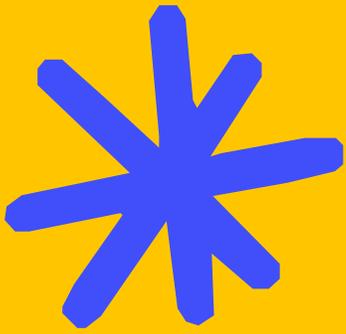
1. No somos el borde: somos la trama	3
.....	
2. Así tejimos esta investigación: entre hilos, puntadas y relatos	13
.....	
3. Hilos comunes, palabras que sostienen el bordado colectivo	23
.....	
4. Ecatepec: cuerpos-territorios donde el hilo se revienta	34
.....	
5. Costuras invisibles: feminización del trabajo en las periferias	55
.....	
6. El revés del bordado: lo que revelan los nudos	70
.....	
.	
7. Desenredando para proponer: las luchas continúan	113
.....	
8. Otros hilos que completan esta madeja	120
.....	
9. Hilvanes y costuras de saberes	122
.....	





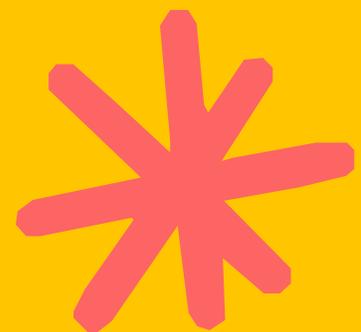
LAS SABINAS

Cocreamos, junto a mujeres y disidencias jóvenes de las periferias del Estado de México, espacios de sanación y justicia sexual para dismantelar la cultura de la violación y, en su lugar, sembrar potencia de vida, autonomía y liberación desde las rebeldías feministas antirracistas, los derechos humanos y la cultura de paz.



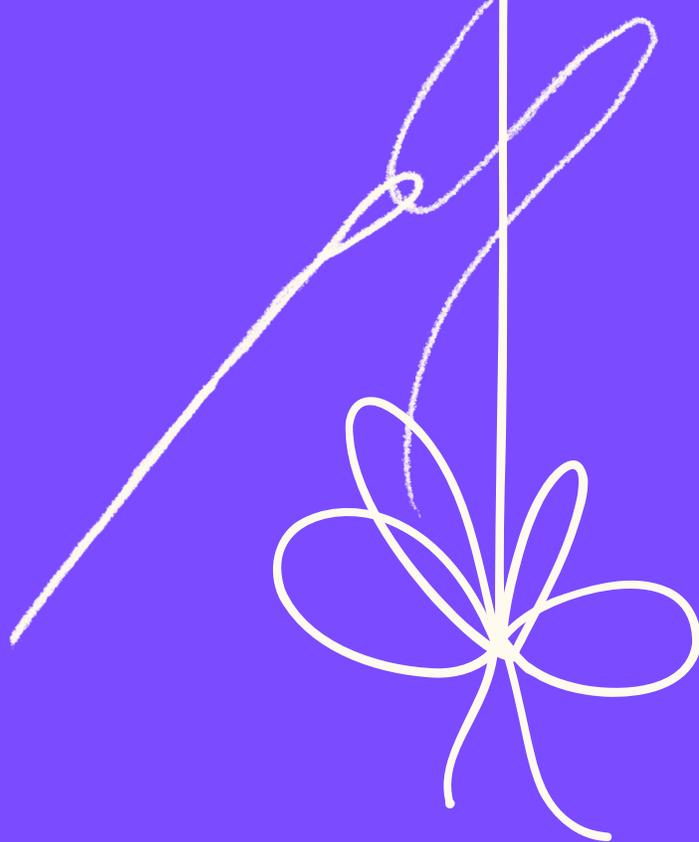
*Es bien complicado lo que se dice de Ecatepec,
es como el cochambre que está muy pegado;
necesitas, primero,
entender de dónde viene el problema,
no nada más tallar y tallar y tallar y tallar
sin entender por qué se pegó, desde cuándo,
qué fue lo que se pegó.*

*Para cambiar lo que vivimos, hay que empezar
por entender que está pasando,
cambiar las narrativas,
cambiar las dinámicas sociales,
concientizar y crear espacios
donde podamos sentirnos seguras
y se puedan compartir experiencias
para comenzar a entendernos.*

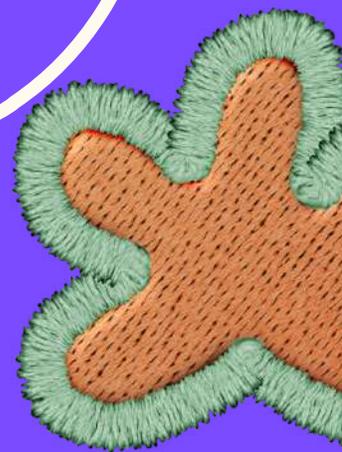
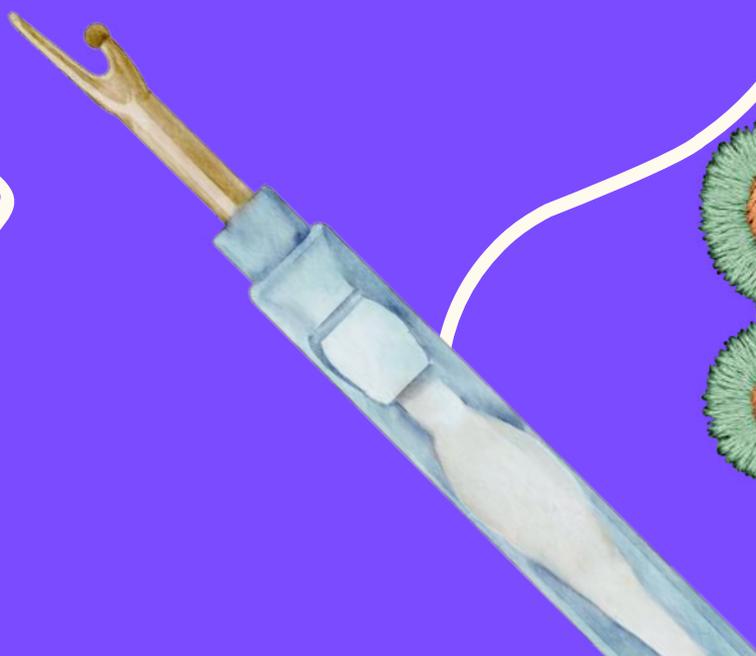




1



**NO SOMOS EL BORDE:
SOMOS LA TRAMA**





Nadie te enseña cómo buscar chamba sin miedo. Nadie te dice que en la entrevista tal vez no te pregunten por tu experiencia, sino si tienes pareja, si piensas embarazarte o si puedes estar con el jefe. Nadie te prepara para que tu cuerpo se vuelva un filtro de empleabilidad. Ni para que el silencio te coma cuando te despiden por decir que no.

Las Sabinas somos una organización feminista y juvenil que desde hace 14 años camina al lado de mujeres y disidencias de las periferias del Estado de México, luchamos por dismantlar la cultura de la violación que marca nuestros cuerpos y despoja nuestros territorios periféricos. Impulsamos la defensa de la salud y justicia sexual a partir de la acción política enraizada en los derechos humanos, la interseccionalidad y los diálogos intergeneracionales.

Esta investigación participativa, **#Queremos Chamber Seguras: Bordando experiencias para erradicar la violencia sexual-laboral en Ecatepec**, nació de la intención de una búsqueda colectiva por comprender cómo se reproduce la violencia sexual en el trabajo cuando se es joven, mujer, trans, lesbiana, bisexual, persona no binarie, intersex, o cuir en Ecatepec de Morelos, uno de los municipios más violentados del Estado de México, pero también, uno de los más vivos del país.

Para nosotras, el territorio no es fondo, es fundamento. Hablamos desde los feminismos periféricos y eso significa que no entendemos el territorio como un simple escenario: el territorio es la raíz, es la herida y la posibilidad. Es donde se inscriben las violencias, pero también donde brotan los cuidados y la potencia colectiva.

Hablar desde los cuerpos-territorios periféricos es reconocer que el lugar que habitamos condiciona nuestras formas de vivir, de trabajar y de resistir. El Estado de México es la segunda entidad más poblada a nivel nacional, con más de 16 mil habitantes¹ (INEGI, 2020),

(1) De acuerdo con el Censo de Población y Vivienda del INEGI (2020), en este municipio habitamos más de 1.6 millones de personas y casi una tercera parte —alrededor del 30.7%— tiene entre 15 y 29 años. Eso significa que más de 491 mil jóvenes transitamos, resistimos y sobrevivimos diariamente en este territorio. Y, sin embargo, seguimos siendo una mayoría invisibilizada, sin acceso real a políticas públicas que nos reconozcan como sujetxs de derechos.

y Ecatepec en particular es uno de los municipios más poblados y marginados del país. Su nombre, de origen náhuatl, significa “en el cerro del viento”, en honor al dios Ehécatl.

Aunque su cercanía con la Ciudad de México lo convierte en un importante eje metropolitano, ha sido sistemáticamente olvidado por las instituciones y, a cambio, se le ha impuesto un estigma, el de lo peligroso, lo violento y lo fallido, pero nuestra apuesta política desde los feminismos periféricos va por descentralizar la vida y las luchas, porque las periferias no son el margen de las ciudades, son el epicentro de la disputa; porque las juventudes son las vidas periféricas del capital y las disidencias, los deseos periféricos de un sistema heteronormativo: generaciones de juventudes han sido periféricas al status quo.

La periferia no es sólo un lugar en el mapa, es un posicionamiento político frente a un sistema que históricamente ha querido empujarnos hacia una supuesta centralidad. Es un cuerpo colectivo atravesado por exclusiones, pero también el epicentro de resistencias cotidianas, donde las mujeres y disidencias se enfrentan también a la vida laboral con redes de afecto, con activismo, con cuidados compartidos y con memoria viva.

Por lo anterior, esta investigación también supone una forma de luchar contra la centralización del conocimiento, ya que los saberes también se han colonizado y por eso contaremos lo que, desde este territorio, ya sabíamos porque lo vivimos día a día.

(1) Si hablamos de disidencias sexuales y de género, la Encuesta Nacional sobre Diversidad Sexual y de Género (ENDISEG, 2021) revela que, en México, el 5.1% de las personas mayores de 15 años se reconocen como parte de la comunidad LGBTI+. Aunque no hay cifras oficiales específicas para Ecatepec, si aplicamos ese porcentaje a nuestra población local, estamos hablando de aproximadamente 62 mil personas que podrían identificarse fuera de la cisheteronorma. Además, sabemos que el 67.5% de la población LGBTI+ en el país tiene entre 15 y 29 años.

Queremos dejar claro que, si bien sabemos que las juventudes forman el grupo poblacional más numeroso en Ecatepec (INEGI, 2020)¹, cuando hablamos de juventud, no estamos hablando de una edad per se. No estamos delimitando un periodo etario, ni una etapa cronológica. Hablamos de una identidad política en disputa, atravesada por tensiones de clase, raza, género, orientación sexual y territorialidad; por ello, nombramos las juventudes en plural, porque somos sujetxs políticxs diversxs. No una cifra, no una categoría pasiva, no un capital humano a explotar, ni mucho menos “el futuro de México”, como nos han querido etiquetar desde los discursos del desarrollo. Somos el presente. Somos acción. Somos incomodidad y potencia².

Ser joven no es un dato biológico, es una experiencia viva y en conflicto con un mundo adulto. Es caminar a contracorriente de lo que nos dicen que “deberíamos ser”. Vivir en tensión con lo adulto, con lo normativo, con lo hegemónico del capital. Es estar en ese lugar donde se disputan los sentidos de lo posible, donde conviven formas múltiples, divergentes, potentes de habitar el mundo.

Lo dijo Rita Segato y lo repetimos nosotras: “el cuerpo de las mujeres y disidencias se ha convertido en el lugar donde el patriarcado escribe su mandato”. Y si ese cuerpo, además, es joven, periférico, disidente, entonces la escritura del poder es aún más feroz.

(2) Partimos de la discusión política enunciada en la tesis *Juventudes y Activismos: Análisis de la acción política*. UAM-Xochimilco. Consideramos que nuestra visión política sobre las juventudes, intenta desapegarse de las posiciones que hasta ahora se han centrado desde las personas juvenólogas para dar lugar a un estudio de las juventudes desde lo fenomenológico y lo político.

Ser joven en el Estado de México, y además ser mujer o disidencia, es cargar con una marca patriarcal y colonial que autoriza a ser tocada, cuestionada o desechable.

Sabemos que en México, ser mujer y disidencia joven duplica la posibilidad de vivir acoso o violencia sexual en el trabajo. De acuerdo con la Encuesta Mundial “Experiencias de violencia y acoso en el trabajo” de la OIT (2022), una de cada cuatro mujeres y disidencias jóvenes ha vivido alguna forma de acoso sexual o violencia sexual laboral. Mientras que para las mujeres y disidencias mayores de más de 55 años, la cifra baja a una de cada diez. Es decir, la edad importa para el régimen patriarcal donde se normaliza la cultura de la violación y se encrudece cuando se entrecruza con la desigualdad territorial, los cuerpos y la orientación disidente o si trabajas en entornos de precariedad. La violencia sexual en el trabajo no es un hecho aislado, no son unos cuantos casos, es estructural. La violencia sexual es una manifestación extrema de sistemas de opresión. Generaciones de juventudes enteras quieren chambear seguras.

Pero nada de esto te lo cuentan en las ferias de empleo ni en los cursos de “habilidades laborales” ni mucho menos en las escuelas. La violencia sexual es una estrategia de control. Pasa en la entrevista, en la capacitación, en la nómina, en los horarios de jornada, en el camino de la chamba a tu domicilio, en los chats, en los despidos.

La violencia sexual muchas veces se disfraza del “cumpleaños del jefe” o de un ambiente laboral “relajado”. Teniendo esto en cuenta, la presente investigación parte de una pregunta urgente de visibilizar y atender:



¿Cuáles son las barreras estructurales para acceder a entornos laborales seguros y para acceder a la justicia en situaciones de violencia sexual-laboral que enfrentan las mujeres y disidencias jóvenes en el municipio de Ecatepec de Morelos?

En otras palabras y de manera desagregada: ¿Qué significa ser mujer y disidencia joven en el mercado laboral de Ecatepec?, ¿cómo impacta el racismo, el adultocentrismo, el capacitismo o la lesbitransfobia en la forma en que accedemos o no a un empleo?, ¿qué pasa cuando no tener chamba no es falta de ganas, sino resultado de múltiples sistemas de opresión cruzados en nuestros cuerpos?

La violencia sexual laboral no es sólo un delito o una mala práctica laboral, es un régimen que discrimina y violenta de manera diferenciada; no todos los cuerpos son leídos igual cuando entran a una entrevista de trabajo, hay cuerpos que se presumen disponibles, expropiados y otros que no. Es una forma de disciplinar, castigar y regular la presencia de ciertos cuerpos en los espacios productivos. Una forma de decidir quién merece estar, bajo qué condiciones y hasta cuándo. Por eso, señalamos que las mujeres y disidencias jóvenes de la periferia están al centro de esa maquinaria, no porque la hayan elegido, sino porque fueron colocadas ahí por un sistema que hace del cuerpo una mercancía y del silencio una política.

En este recorrido, nos preguntamos qué pasa cuando lo que se considera “ambiente laboral” se vuelve un espacio de impunidad

sostenido, cómo se desborda la violencia más allá del espacio laboral en sí mismo: en el transporte para llegar, en la brecha de salario, en el doble o triple turno, en los comentarios al pasar, y qué posibilidades existen legales, colectivas, simbólicas para romper con ese guión.

Con esta investigación participativa quisimos tejer desde abajo, desde los bordes de la periferia, desde lo que no les ha interesado medir en las estadísticas oficiales. Nos basamos en entrevistas, encuestas, trabajo de campo, investigación de gabinete, activismo y la realización de tres talleres llamados *Bordando Experiencias*, de los cuales escuchamos relatos que organizaron estas palabras que ahora escribimos y tejemos. Donde la aguja y el hilo fueron herramientas para entrelazar lo que muchas veces no se puede decir en voz alta.

Consideramos que el aporte de nuestra organización radica en haber explorado espacios históricamente desatendidos por las políticas públicas, como los entornos laborales informales, el autoempleo y el trabajo doméstico no remunerado. Estas condiciones atraviesan de manera particular la vida laboral de mujeres y disidencias en Ecatepec, en el país, y es espejo de muchos otros territorios de Latinoamérica, donde el acceso al empleo sigue marcado por la informalidad, los bajos ingresos y la falta de oportunidades. Esta precarización laboral impacta especialmente a las juventudes y es resultado de la interacción de sistemas opresivos como el patriarcado, el racismo estructural y el neoliberalismo.

El lenguaje que elegimos para esta investigación apuesta por trazar nuevas narrativas tejidas de experiencias, oralidad y memoria viva. Uno de los aprendizajes de los talleres de *Bordando Experiencias* fue





que los conocimientos que realmente transforman no siempre vienen de los libros, sino de las historias que se cuentan una y otra vez, de los saberes que pasan de voz en voz, de cuerpo en cuerpo.

Decidimos escribir esta investigación con los decires de muchas, los saberes que salen de las tripas, con la rabia, con la risa, con las palabras que aprendimos en la vida cotidiana. Porque sí, escribir también es resistencia y nosotras estamos hartas de los bordados finos que no dicen nada. Por eso decidimos apostar por una narrativa que abrace la experiencia, la rebeldía y la ternura. Sabemos que colocar aquí cada tejido de este proceso de investigación es todo un reto y una apuesta política de experimentar con nuevas formas de contar, de analizar, de visibilizar los problemas sociales que atravesamos. Porque lo que no se nombra desde nosotras corre el riesgo de volver a ser silenciado y homogeneizado.



BORDARNOS.

Nuestra apuesta metodológica es situada, sin embargo, problematizamos los saberes locales sobre la violencia sexual laboral analizándolos con la lupa del Convenio 190 de la OIT, un marco legal internacional vigente en nuestro país desde 2023 que nos propone ampliar el reconocimiento de manifestaciones de violencia sexual en el trabajo, los actores, las rutas de actuación y nos invita a reflexionar sobre la violencia sexual en los procesos comunitarios cuando el trabajo es informal. Además, esta investigación nos permitió darle lugar a una memoria colectiva desde las genealogías de nuestras periferias, en los saberes de nuestras compañeras, madres, vecinas, abuelas; quienes, desde hace décadas, han tenido que aprender a sobrevivir al trabajo y a la violencia que lo habita.

#Queremos chambear segurxs en nuestros territorios, sembrar condiciones para que, algún día, trabajar no implique normalizar violencias, sino abrir caminos de vida vivibles. Porque nuestros cuerpos-territorios también tienen derecho a no ser tocados, violentados o explotados. Porque en Ecatepec, donde muchas veces no llega el Estado, sí llegan nuestras redes. Y porque creemos que investigar es también una forma de cuidar, de resistir y de imaginar otros mundos laborales posibles.

Queremos que esta investigación sea semilla para diálogos más profundos a fin de elaborar políticas públicas con perspectiva de género que puedan encaminar las transformaciones estructurales que necesitamos. Porque, si para resolver un problema hay que entenderlo, aquí damos unas primeras puntadas. Sabemos que, al nombrar lo que duele, también estamos desobedeciendo. Y, al desobedecer, estamos imaginando otras formas de vivir, trabajar y resistir desde nuestras periferias.



**ASÍ TEJIMOS ESTA
INVESTIGACIÓN: ENTRE
HILOS, PUNTADAS Y RELATOS**

*En la vida había bordado, me parecía aburrido
sólo había visto cómo lo hacían mi madre y mi abuela,
se ponían a platicar de todo mientras bordaban.
Hoy me conecté muchísimo con ellas,
sentí como si yo estuviera ahí escuchando todo lo que decían.*

Berenice

*Cada puntada fue una memoria que no habíamos contado.
Lo que no cupo en una denuncia legal, lo pusimos en la foto bordada.*

Maria del Carmen

Esta investigación nació en las calles, en las conversaciones profundas de los talleres, en los trayectos largos hacia el trabajo, en los silencios incómodos después de una entrevista, en las cicatrices que muchas cargamos aunque nunca las hayamos contado en voz alta; nació de la urgencia de escuchar lo que no ha sido dicho, lo que ha sido silenciado o minimizado. Esta investigación se bordó con aguja e hilo, con la paciencia que requiere una puntada precisa y con el cuidado colectivo que necesita una herida abierta. Se tejió desde el territorio de las periferias, con las voces de quienes han vivido la violencia sexual en el trabajo y con las manos de quienes ya no están dispuestas a callar.

Desde el principio tuvimos un propósito claro: queríamos entender cómo se manifiesta la violencia sexual laboral, pero no desde la distancia, sino desde adentro. Queríamos conocer las barreras y las experiencias que impiden que exista un trabajo digno para mujeres y disidencias jóvenes que viven, transitan y trabajan en Ecatepec; comprender cómo esta violencia se presenta, cómo se sostiene y cómo podemos, colectivamente, confrontarla y desmontarla. Por eso, nuestra apuesta metodológica se pensó como un tejido hecho a muchas manos —difícil tarea—, con una aguja ética y política feminista, interseccional, antirracista y situada desde y para las juventudes.

El hilo que entrelazó cada etapa de este proceso fue la escucha radical, los saberes comunitarios y la indignación compartida. Todo el proceso de investigación participativo fue pensado como un bordado colectivo: con puntadas distintas, pero sosteniéndose en un telar unas a otras. Porque el cuidado colectivo no es adorno metodológico, es la única forma ética que nos permite acercarnos a otras sin venir a extraer, a explicar o a interpretar desde afuera. Nosotras también estamos atravesadas. Nosotras también queremos entender qué ha pasado y sigue pasando. Porque este fenómeno nos toca, nos duele y nos interpela. Y por eso, lo tejemos juntas.



¿CÓMO LO HICIMOS? EL PASO A PASO

1. Aprendimos a dar las primeras puntadas: investigar desde los saberes colectivos

Antes de salir a escuchar, nos sumergimos en lo que ya se había dicho sobre la violencia sexual laboral en México. Leímos estudios previos, revisamos marcos legales —tanto nacionales como internacionales— y nos adentramos en investigaciones feministas que han buscado nombrar y explicar esta problemática. Encontramos información valiosa que nos permitió bordear el problema, reconocer su dimensión estructural y ubicar algunas rutas de análisis; sin embargo, también notamos algo que no podíamos pasar por alto: en muchos de esos textos faltaban los matices y las vivencias que ocurren en las periferias del Estado de México, particularmente en Ecatepec.

Faltaba nombrar lo que pasa cuando el acoso y la violencia sexual se mezcla con la precariedad, con el transporte inseguro, con los horarios extendidos, con la discriminación interseccional. Por eso, tejimos esos saberes con los hilos que heredamos de nuestras madres, abuelas, vecinas, amigas y también de nosotras mismas en el tiempo. Porque las voces que sostienen la vida laboral no están en los libros, sino en las cocinas, en las banquetas, en los mercados, en los camiones de regreso a casa.

Esa fue nuestra primera puntada: reconocer que lo que sabemos también lo hemos aprendido con el cuerpo, en lo cotidiano, en los silencios compartidos y en las resistencias de nuestras relaciones más íntimas. A partir de esta base, diseñamos una encuesta que nos ayudó a ampliar ese primer trazo y a seguir hilando con más voces.



2. Montamos el bastidor: diseñamos nuestras herramientas

Para entender cómo se enreda y atraviesa la violencia sexual en el trabajo, montamos nuestro propio bastidor metodológico: una estructura firme pero flexible, desde donde poder tensar los hilos del análisis sin romper el tejido vivo de las experiencias. Diseñamos una encuesta híbrida, presencial y digital, que compartimos con 108 personas jóvenes.

Preguntamos con respeto, con cuidado, pero también con la valentía de no disfrazar lo que duele: ¿cómo han vivido la violencia sexual en el trabajo?, ¿quién la ejerce?, ¿cómo se atendió, si es que se atendió?, etc. Esa encuesta fue nuestro bastidor: el marco desde donde pudimos tensar la tela común y comenzar a bordar esta investigación.



Además, realizamos 12 entrevistas individuales a mujeres y disidencias jóvenes que viven, transitan y trabajan en el municipio. En esos espacios, la palabra fue aguja: no buscaba perforar rápido, sino deslizarse al ritmo de cada relato, abriendo con delicadeza las costuras del recuerdo.

Dejamos que las palabras salieran como quisieran: enojadas, tristes, rotas, bordadas. No quisimos extraer datos, sino acompañarnos. Cada relato fue una puntada larga y profunda que nos permitió entender que narrar una experiencia vivida no es sólo dar testimonio, es una forma de resistencia, una afirmación de vida, una forma de construir sentido frente a la violencia. Todas las voces tejidas en este proceso nos recordaron que cada historia es única, poderosa y absolutamente política, porque lo personal es político.



3. Bordamos juntas: para sanar y conspirar estrategias

La parte más viva de todo el proceso fue la realización de tres talleres llamados *Bordando Experiencias*. Espacios donde convocamos a mujeres y disidencias del municipio para aprender la técnica de fotobordado y, al mismo tiempo, reflexionar sobre las experiencias de violencia sexual en el trabajo sin tapujos. Aprendimos puntadas, sí, pero también aprendimos a mirar a Ecatepec con otros ojos. A nombrar nuestras emociones, a escucharnos desde el cuidado colectivo.

El fotobordado se volvió una herramienta para expresar lo que muchas veces no tiene palabras. La aguja fue el pretexto y puente para trazar relatos en común, en un ambiente seguro y desde el cuidado colectivo. Más que un taller, *Bordando Experiencias* fue un espacio de apoyo, de resistencia y de creación colectiva. Con hilos, telas, fotografías y palabras, abordamos las violencias sexuales en el trabajo y las preguntas que no siempre se atreven a salir. Aprendimos a leer las violencias desde lo cotidiano, a reconocer cómo se tejen en los cuerpos y en las jornadas laborales. Y, sobre todo, a tramar colectivamente formas de enfrentarlas. Estos talleres no fueron un cierre, sino una apertura a la memoria, a la rabia, al deseo de bienestar. Un refugio afectivo donde cada puntada fue un destello de imaginación.



4. Rematamos el tejido: análisis con el corazón encendido

Cuando terminamos de bordar, nos detuvimos a mirar con calma lo que habíamos tejido juntas. Leímos las encuestas, las entrevistas y los fotobordados con atención, con respeto, pero sobre todo con el corazón encendido. Cada dato era un hilo. Cada silencio, una alerta. Cada historia, una hebra que nos pedía mirar más profundo. No leímos desde la distancia, nos dejamos atravesar por lo que escuchamos, desde la cercanía de quienes también habitamos estos territorios y violencias, pues no pretendemos “explicar” la violencia sexual laboral como si fuera un fenómeno ajeno. Quisimos bordar saberes desde abajo, desde los márgenes, desde las cicatrices porque, aunque analizamos datos, ninguna cifra tiene sentido si no se conecta con la vida real, si no se nombra desde la experiencia concreta de quienes la habitan. Los hallazgos que compartimos los escuchamos y reescribimos con todo lo que somos: cuerpo, memoria, rabia y deseo. Organizamos cifras en gráficas, sí; pero también sostenidos con saberes cotidianos, hilos de historias, con palabras bordadas que vibran. Porque aquí no hay sujetos de estudio, hay compañeras y compañeros. Hay voces, hay sujetos políticos frente a la violencia que siguen construyendo múltiples formas de resistencia.

PUNTADITAS DE AMOR PARA NOSOTRAS MISMAS

*Nosotras tenemos nuestras penas secretas.
Muchas veces necesitamos que nos escuchen,
sin que nos juzguen, tomando en cuenta lo que tenemos.*

*A veces necesitamos volver a nuestro cuerpo,
sacando lo que lastima, lo que atormenta,
alejarse de lugares y personas que te hacen daño.*

*A veces queremos gritar muchos NO al aire,
cantar hasta vaciarnos,
bordando nuestras vivencias en cada puntada.
Compartiendo con las demás sin miedos,
encontrando la ternura en nosotras mismas,
cortando las malas experiencias.*

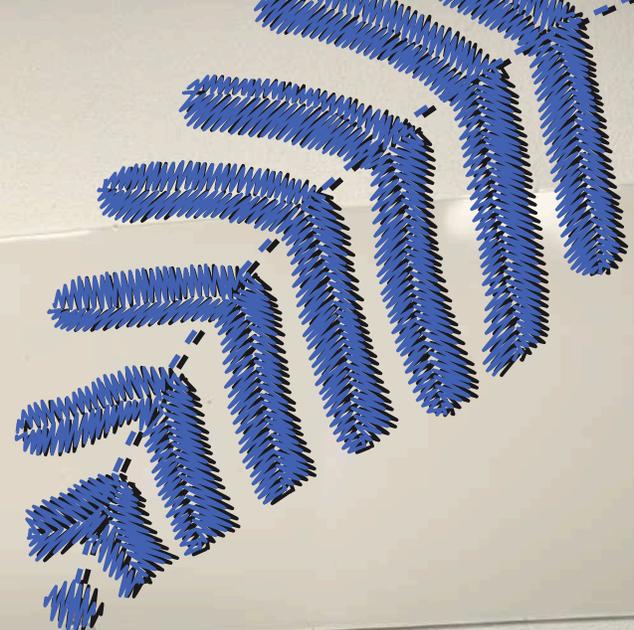
*Bordando nuevas alegrías, sueños...
Mirando otros horizontes para ser felices,
salir adelante, logrando nuevas metas.
No es tarde para volver a vivir.*

Porfiria y Guadalupe



¿Qué es el fotobordado?
Lazos Amor Memoria
Expresión Tradición
Familia Honoraria
Visibilizar Conexión

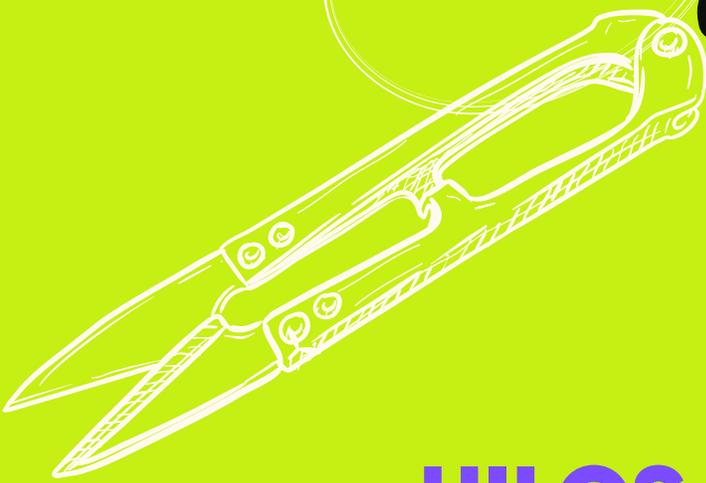
VIOLENCIA



Des-Bordarnos



3



**HILOS COMUNES:
PALABRAS QUE SOSTIENEN
EL BORDADO COLECTIVO**



Presentamos este marco conceptual que fue tejido por las investigadoras como un recurso para acompañar la lectura de la investigación. Es una herramienta viva que refleja los distintos hilos que atraviesan el estudio sobre la violencia sexual en los entornos laborales: las diferentes variables, territorialidades, experiencias y conceptos que le dan forma y profundidad.

Sabemos que hablar de violencia sexual en el trabajo implica abordar términos que pueden ser técnicos, legales o socioculturales y que su interpretación puede variar según el contexto, quién los diga, desde dónde se diga y para quién se diga. Por eso, este glosario actúa como una referencia que nos ayudará a compartir un piso en común, nacido desde este territorio, sobre la manera en que entendemos ciertos posicionamientos políticos.

El principal objetivo de incluir este apartado en esta investigación es brindar a las personas lectoras, investigadoras y personas interesadas un telar de conocimiento compartido para interpretar los términos que aparecen a lo largo del texto, en un tema tan sensible y complejo como lo es la violencia sexual en los espacios laborales, contar con ello es esencial para transmitir con la mayor claridad, coherencia y sensibilidad posible.

Este recurso también permite visibilizar la madeja de saberes que nos atraviesan y están profundamente arraigados en las experiencias y luchas de las mujeres y disidencias que relatan sus vidas, especialmente en un contexto tan específico como Ecatepec. Cada término ha sido definido con un cuidado especial para que quienes se acerquen a esta investigación puedan configurar este fenómeno social desde sus posiciones en el mundo.

- **Empleo formal:** aquel en el que respondes a un jefe o jefa. Está respaldado por la Ley Federal del Trabajo y debe brindar seguridad social, prestaciones y condiciones dignas.
- **Empleo informal:** aquel en el que respondes a un jefe o jefa y que no te brinda seguridad social. Suele ser excluido de los estudios y estadísticas oficiales, dificultando el acceso a la justicia laboral.
- **Trabajo doméstico:** es el trabajo que se realiza en el hogar. Incluye tareas como cocinar, limpiar, lavar, hacer jardinería, mantenimiento del hogar, cuidado de infancias, ancianos, personas con discapacidad o personas enfermas. Puede ser un trabajo remunerado (cuando alguien lo hace como empleo) o no (cuando lo hacemos dentro de nuestras propias familias). Históricamente, este trabajo se les ha impuesto principalmente a las mujeres y disidencias por motivos de creencias y dinámicas culturales sexistas. El trabajo doméstico sostiene el mundo, aunque muchas veces no se reconoce ni se remunera, y es esencial para el bienestar de todas las personas.
- **Autoempleo:** aquel en el que trabajas por cuenta propia en una actividad sin intervenciones de otras personas. Por ejemplo, diseñadora freelance. Muchas veces, es resultado de la exclusión del mercado formal, especialmente en mujeres jóvenes y disidencias periféricas.
- **Emprendimiento:** es cuando decides poner en marcha tu propia idea de negocio. Al principio, haces de todo: eres la jefa, la contadora, la vendedora, hasta la mensajera si hace falta. Con el tiempo, si todo va bien, tu negocio crece y empiezas a necesitar más personas para ayudarte, cada una con habilidades diferentes. Por ejemplo, abrir un salón de belleza. Es importante decir, que muchas mujeres y disidencias emprenden por necesidad más que por elección en los contextos de precariedad.

- **Trabajo digno:** aquel que respeta los derechos laborales, brinda un ingreso suficiente para cubrir las necesidades económicas de la persona y proporcional al esfuerzo realizado, en el que no se experimenta discriminación y violencias de ningún tipo, incluidas las violencias sexuales, y cuenta con mecanismos de defensa en caso de verse vulnerados los derechos, especialmente en razón de género, edad, clase o identidad
- **Derechos laborales:** son los beneficios básicos que toda persona que trabaja debe tener: un salario justo, horarios definidos, días de descanso, vacaciones, aguinaldo, seguridad contra riesgos psicosociales, discriminación y violencia. Además, estos derechos deben estar respaldados por un contrato que los proteja y por mecanismos que permitan exigirlos cuando se vulneran.
- **Precarización laboral:** es cuando las condiciones de trabajo se vuelven cada vez más inseguras: salarios bajos, falta de contrato, jornadas largas, hostigamiento, ausencia de derechos y beneficios. Afecta mayormente a mujeres, disidencias, personas jóvenes, racializadas y empobrecidas.
- **Justicia integral:** es cuando las instituciones ofrecen soluciones completas a las víctimas de violencia o abuso. Esto incluye protegerlas, llevar a las personas agresoras ante la justicia, reparar el daño hecho y ayudar a sanar las heridas físicas, emocionales, económicas, simbólicas etc. Además, busca que las víctimas recuperen su poder y seguridad para continuar con sus vidas, evitando la revictimización a través de procesos centrados en las personas afectadas.
- **Barreras institucionales:** toda aquella legislación, política, directriz, procedimiento, acto o actitud sistémica que dificulte el acceso a la justicia integral. Por ejemplo: la burocracia, la falta de protocolos, la revictimización, la impunidad.



- **Violencia sexual:** cualquier acto, palabra, insinuación sexual que ocurre sin consentimiento mutuo, con o sin intencionalidad, y sin importar la relación existente entre las personas; puede involucrar fuerza física, amenazas, presión social, intimidación. Puede manifestarse una vez o de manera repetida; puede causar daño físico, psicológico, económico, simbólico y ocurrir en cualquier contexto, incluido el laboral.
- **Cultura de la violación:** Sistema de creencias, prácticas y discursos que normaliza, justifica y minimiza la violencia sexual. Puedes verlo en frases como “ella se lo buscó”, que encubren a los agresores. Esta cultura responsabiliza a las víctimas y no a quienes violentan.
- **Abuso sexual:** es cuando alguien toca tu cuerpo o expone sus órganos sexuales sin tu consentimiento.
- **Hostigamiento sexual:** es cuando alguien con mayor jerarquía laboral te incomoda o intimida a través de su mirada, insinuaciones, comentarios o conversaciones relacionadas con tu cuerpo o temas sexuales; te insiste repetidamente en salir o te envía imágenes, escritos o propuestas sexuales.
- **Violación sexual:** cuando mantienes relaciones sexuales sin tu consentimiento o deseo porque te sientes forzada, obligada, intimidada, comprometida y/o amenazada. Puede ser con partes del cuerpo del agresor(es) o con objetos, vía oral, vaginal o anal.
- **Violencia sexual digital:** cuando alguien te amenaza o te violenta mediante el uso de la tecnología de la información y la comunicación para que realices alguna acción o entregues dinero. Puede ser a través de vigilancia, acoso, robo de identidad, publicación de contenido sexual o erótico sin consentimiento y de la alteración de fotos o videos con inteligencia artificial.

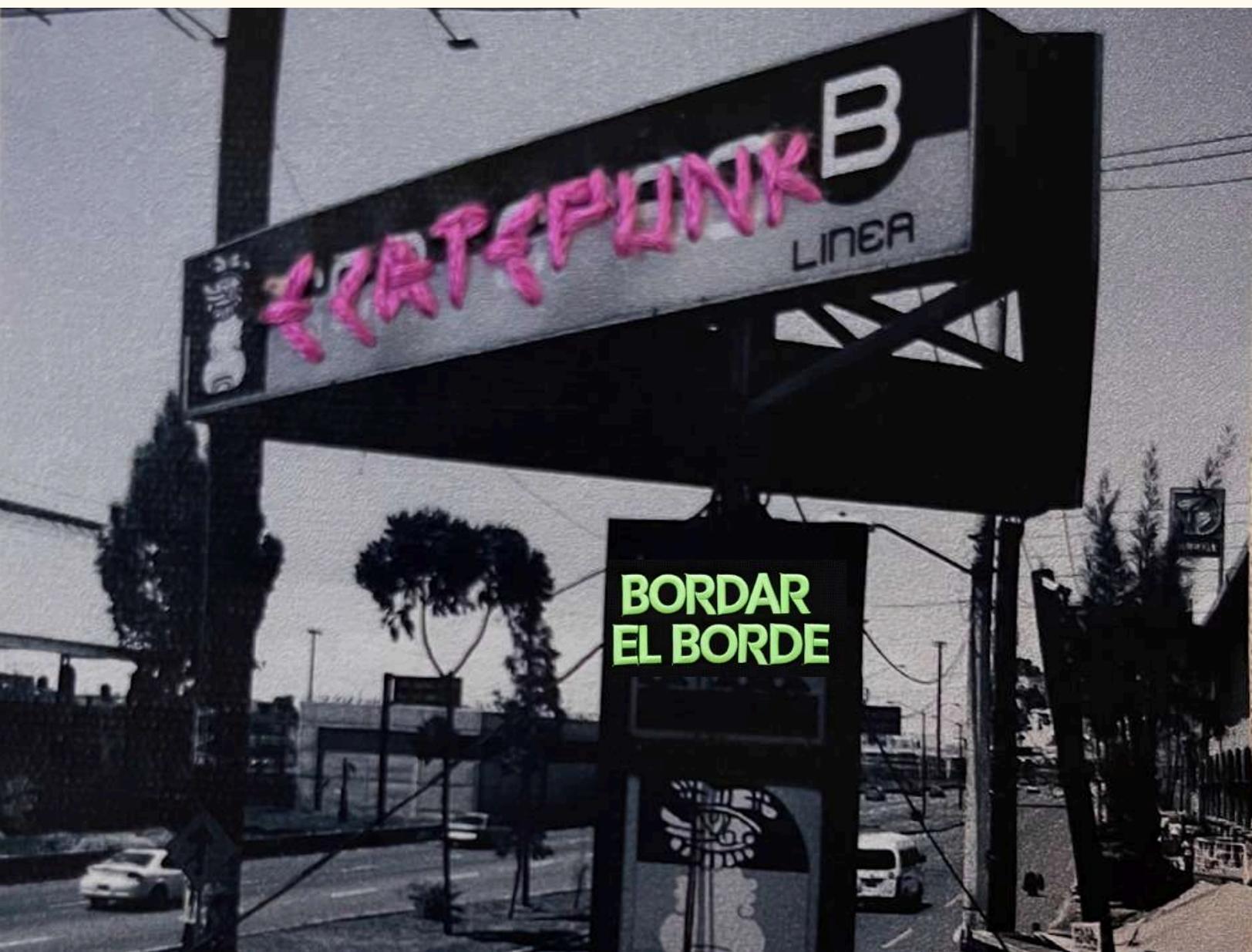
- **Cuerpos-territorios:** es una forma de entender que nuestros cuerpos no están separados de los territorios que habitamos. Así como los territorios son explotados, ocupados o violentados, también lo son los cuerpos de las mujeres y disidencias. Defender el territorio es también defender el cuerpo; cuidar el cuerpo es cuidar el territorio. Es una posición política que vincula la justicia ambiental con la justicia de género y sexual.
- **Periferia:** puede entenderse como un lugar físico, zonas alejadas de los centros urbanos o de decisión, pero también como una posición social y política que habla de personas y comunidades históricamente marginadas, cuyas vidas, voces y experiencias no son reconocidas ni priorizadas por los sistemas de poder que se enuncian desde la centralidad. También son lugares de creación, de resistencia, de memoria colectiva que desafían el centro.
- **Violencia de género:** es cualquier acto, omisión o trato que daña, limita o excluye a una persona por no encajar en las normas impuestas sobre lo que “debería” ser cada género. Puede manifestarse de forma física (como golpes), psicológica (como insultos o amenazas), institucional (como leyes que no protegen por igual) o simbólica (como representaciones culturales que refuerzan desigualdades). Es un problema estructural que afecta principalmente a mujeres y personas de la diversidad sexual y que se sostiene en la desigual distribución del poder. Es reflejo de una cultura que justifica el control, el castigo y la impunidad sobre ciertos cuerpos. Esta violencia se sostiene en roles binarios, estereotipos, desigualdades históricas y formas de poder que atraviesan todos los espacios: la casa, la escuela, el transporte, el trabajo, las leyes y hasta las conversaciones cotidianas.
- **Disidencias:** personas que viven sus cuerpos, deseos y orientaciones fuera de la norma heterosexual. Pueden ser lesbianas, gays, bisexuales, trans, no binaries, intersex, queer/cuir.

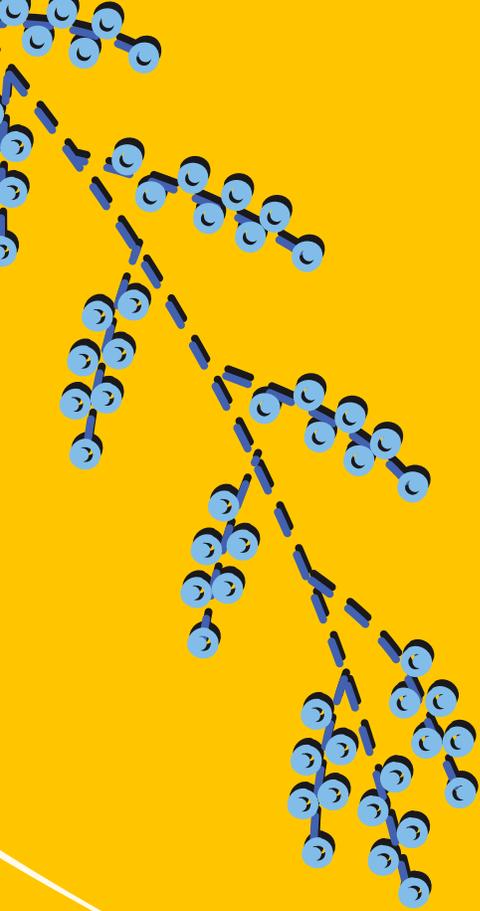
- **Violencia estructural:** es la violencia que no se ve, pero que organiza todo. No la ejerce una persona específica, sino que está en las leyes, en las instituciones, en las desigualdades que se vuelven normales. Es cuando no hay transporte seguro, cuando te niegan trabajo por como luces, cuando el Estado nunca llega a tu colonia. Es esa red de injusticias que reproduce el sistema y que define quién vive bien, quién sobrevive y quién no.
- **Discriminación:** ocurre cuando a una persona se le niegan derechos, se le trata de forma injusta o desigual y se le excluye sólo por ser diferente. Esa diferencia puede estar relacionada con su color de piel, género, orientación sexual, identidad de género, edad, religión, discapacidad, origen o cualquier otra característica personal.
- **Discriminación directa:** cuando el trato desigual es intencional y evidente. Por ejemplo, cuando no contratan a alguien por ser trans.
- **Discriminación indirecta:** cuando una norma, política o práctica aparentemente neutral termina afectando de forma desproporcionada a ciertos grupos (por ejemplo, cuando para ascender a un puesto directivo piden jornadas de doble turno como requisito, sabiendo que eso discriminará a mujeres, porque son quienes históricamente se les impone el trabajo doméstico y el cuidado de otras personas).
- **Interseccionalidad:** es una herramienta para entender cómo distintas formas de opresión como el racismo, el sexismo, el clasismo, la homofobia o la transfobia se cruzan y agravan entre sí. No vivimos una sola discriminación a la vez. Por ejemplo, no es lo mismo ser una mujer blanca de clase alta que una mujer indígena, joven y lesbiana en la periferia. La interseccionalidad permite mirar esas desigualdades, nombrarlas y atenderlas de manera diferenciada.

- **Enfoque restaurativo:** es una forma de resolver conflictos donde todas las partes se reúnen para hablar, entenderse y buscar soluciones que reparen el daño hecho. No se trata de castigar, sino de sanar y prevenir que el problema se repita. Son procesos de justicia que se han realizado desde lo comunitario y las prácticas feministas.
- **Diversidad sexual y de género:** son las diferentes formas en las que las personas viven, se identifican y expresan su sexualidad e identidad de género. Desde las orientaciones románticas y sexuales, hasta cómo cada uno decide presentarse al mundo, esta diversidad enriquece nuestra sociedad. Dentro de las personas de la diversidad podemos encontrar personas lesbianas, bisexuales, trans, queer/cuir, intersex, no binaries, etc.
- **Antirracismo:** el antirracismo es un posicionamiento ético-político que implica acciones individuales y colectivas para identificar, señalar y dismantelar el racismo en todas sus formas: históricas, estructurales y cotidianas. No basta con “no ser racista”, es necesario actuar contra las lógicas que reproducen la desigualdad racial. Desde los feminismos, el antirracismo es inseparable de la lucha por la justicia social, la interseccionalidad y la dignidad de los pueblos racializados.
- **Enfoque de juventudes:** es una perspectiva mediante la cual reconocemos las juventudes no como una etapa de vida homogénea, biológica, sino como sujetos políticos que ejercen derechos, construyen pensamiento y transforman sus entornos. Este enfoque visibiliza que ser joven está atravesado por condiciones de clase, género, raza, orientación sexual y territorio, por lo tanto, las juventudes viven experiencias diversas y complejas. Implica escuchar, incluir y respetar sus voces, decisiones y formas de organización, vida y participación, reconociendo su capacidad de agencia en el presente de manera igualitaria, combatiendo el adultocentrismo.

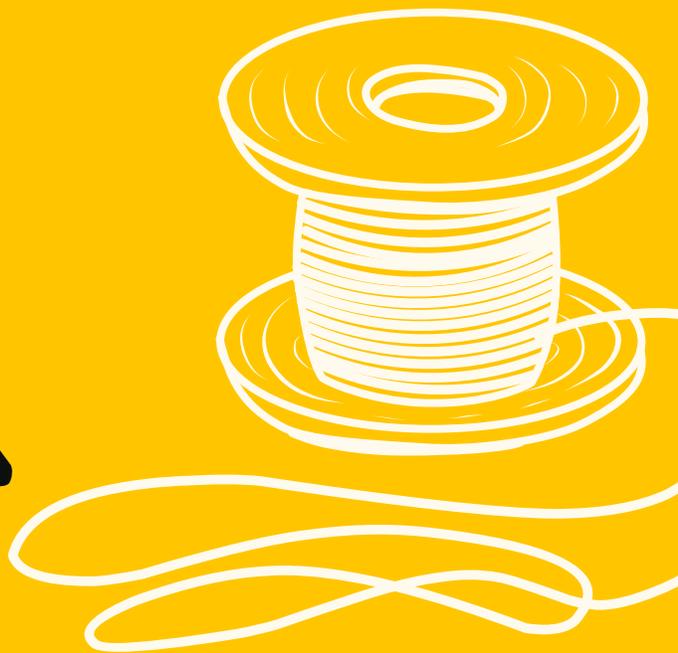
- **Racismo:** es un sistema de poder que jerarquiza a las personas según el color de piel, el origen étnico o su pertenencia cultural para justificar desigualdades y violencias. Aunque se originó en procesos históricos como la colonización y la esclavización de personas africanas, sigue vigente actualmente en múltiples formas. En México, el racismo se entrecruza con el clasismo y el color de piel, y se manifiesta en barreras para acceder a derechos como la educación, el empleo, la justicia, entre otros.
- **Perspectiva de género:** es una manera de entender que los roles, normas y expectativas que se asignan a hombres, mujeres y personas de la diversidad sexual no son naturales, sino que vienen de normas culturales y reproducen la desigualdad. Por ejemplo, pensar que las mujeres deben cuidar del hogar y los hombres ser los proveedores no es algo biológico, sino aprendido. Este enfoque busca cuestionar y romper con esas ideas para que todas las personas tengan las mismas oportunidades. Promueve relaciones más equitativas entre todas las personas, así como condiciones de vida más justas, libres de discriminación y violencia.
- **Enfoque de derechos humanos:** es una forma de trabajar en la que se pone en el centro a las personas que más lo necesitan, como quienes viven en pobreza, exclusión o violencia. Busca garantizar que todas tengan acceso a los mismos derechos y oportunidades, sin importar sus circunstancias, reconociendo su dignidad y su capacidad de decisión. Este enfoque nos recuerda que ningún derecho puede ser negociado o condicionado.
- **Derechos sexuales y reproductivos:** son derechos fundamentales que aseguran que todas las personas puedan decidir libremente sobre su cuerpo, su sexualidad y su reproducción. Esto incluye estar libres de violencia, discriminación y riesgos, además de tener acceso a servicios de salud sexual y reproductiva.

- **Feminismos periféricos:** son los feminismos que se construyen desde los bordes, desde los márgenes geográficos, económicos y simbólicos. Surgen en las colonias populares, en los pueblos, en los barrios. No buscan hablar “desde el centro” ni ser reconocidos por él, sino transformar las condiciones concretas de vida. Son feminismos que entienden que luchar desde la periferia es también luchar contra la centralidad del saber, del poder y del discurso dominante.
- **Artivismo:** es la unión entre arte y activismo. Es usar la creatividad como herramienta política para denunciar, resistir y sanar; por ejemplo, el bordado, la música, el paste-up. El artivismo denuncia lo que vivimos y lo transforma desde el deseo y la colectividad.





★
4



**ECATEPEC:
CUERPOS-TERRITORIOS
DONDE EL HILO SE REVIENTA**







*La lógica [de la centralidad]³, el patriarcado y la heterosexualidad han gobernado
y han sido los dueños por mucho tiempo [...]
Somos grupos raros,
gente que no pertenece a ningún sitio,
ni al mundo dominante,
ni completamente a nuestra propia cultura.
Todos juntos abarcamos tantas opresiones.
Pero la opresión abrumadora
es el hecho colectivo de que no cuadramos,
y porque no cuadramos somos una amenaza.
No todos tenemos las mismas opresiones,
pero tenemos empatía y nos identificamos con las opresiones de cada uno.
No tenemos la misma ideología,
ni llegamos a soluciones semejantes.
Algunos de nosotros somos izquierdistas,
Algunos somos practicantes de magia.
Algunos de nosotros somos ambos.
Pero estas afinidades distintas no se oponen.
En el mundo zurdo yo con mis propias afinidades, y mi gente con las suyas,
podemos vivir juntos y transformar al planeta.*
Gloria Anzaldúa⁴

*Cuando digo que soy de Ecatepec,
nunca falta el vato que se cree muy gracioso y empieza a decir,
si ella es allá donde los perros usan chacos, o del establo de México,
me molestan todos sus prejuicios y su clasismo.*
Patricia

*Cuando hablamos de nuestros cuerpos-territorios, no hablamos desde una metáfora:
hablamos desde una experiencia de despojo, de colonización, de violencias sistemáticas que
han marcado nuestra vida personal y colectiva.*
Lorena Cabnal

*La periferia es donde se teje lo que el centro desecha: cuerpos, saberes, historias y futuros. [...]
Es lo que nos dicen que no deberíamos ser, pero es todo lo que somos. [...]
Es el verdadero centro que sostiene el capital, la vida y la imaginación.*
Luz Adriana



(3) El corchete es de nosotras. Colocamos la palabra centralidad para resaltar la lógica de las diversas centralidades que configuran la organización y entendimiento del mundo en el que vivimos desde una mirada hegemónica.

(4) Tomado de: Este puente, mi espalda. Voces de mujeres tercermundistas en los Estados Unidos, ed. Cherríe Moraga y Ana Castillo, trad. de Ana Castillo y Norma Alarcón, Ism Press, San Francisco, 1998.

4.1 La defensa de los cuerpos-territorios

Los territorios no son simples delimitaciones geográficas ni escenarios pasivos donde transcurre la vida. Son construcciones sociales habitadas, sentidas, heridas y sostenidas por quienes los viven cada día. Henri Lefebvre ha mencionado que el espacio es una construcción social, una dimensión activa donde se inscriben y se disputan las relaciones de poder (Lefebvre, 1974). Y desde donde escribimos, bordamos y gritamos: el territorio que habitamos no es fondo, es fundamento. Es raíz, es herida y es posibilidad.

Desde los feminismos periféricos, pensar el territorio es reconocer que las violencias no llegan solas. Que hay cuerpos donde la exclusión se inscribe con mayor fuerza en lo social. Vivir, trabajar y resistir en Ecatepec no ocurre en abstracto, sino desde coordenadas donde se cruzan el racismo territorial, la desigualdad urbana, la feminización de la pobreza y la violencia sexual. Por eso, decimos: nuestros cuerpos también son territorios y los territorios se cuidan y se defienden como se cuidan y defienden los cuerpos.

Hablar de cuerpos-territorios es reconocer que nuestros cuerpos han sido colonizados, extraídos y descartados igual que nuestras tierras. Como dice la feminista comunitaria Lorena Cabnal "Cuando hablamos de nuestros cuerpos-territorios, no hablamos desde una metáfora: hablamos desde una experiencia de despojo, de colonización, de violencias sistemáticas que han marcado nuestra vida personal y colectiva" (Cabnal, 2010), pero también son lugares de lucha, de memoria viva, de insubordinación colectiva. Somos cuerpos-territorios en constante defensa.

El cuerpo y el territorio no pueden separarse: ambos son campos donde se expresa y se disputa el poder. Desde la experiencia de los pueblos originarios, de los feminismos comunitarios y los feminismos periféricos, comprendemos que la violencia hacia la tierra-territorios y la violencia hacia los cuerpos están entramadas por la misma matriz colonial-patriarcal-capitalista.

El cuerpo es el primer territorio de dominación. Es ahí donde el patriarcado escribe su mandato. Y, si ese cuerpo es joven, feminizado, racializado, no normativo, entonces esa escritura del poder es aún más brutal. La violencia sexual no es un accidente, es una violencia territorializada, una estrategia disciplinaria que marca quién puede estar, cómo debe comportarse y bajo qué condiciones tiene permitido existir.

Como nos dijo Luz Adriana, quien desde muy joven trabajó con su madre en los mercados ambulantes de Ecatepec, un puesto de tianguis también puede ser un campo de batalla.

“ Había veces que se nos acercaban con esa dinámica del comprador amable y a veces llegaban y, como me veían chiquita, me hacían la plática o a veces me compraban un taquito para hacerme la plática y querer saber si estaba disponible. Como estás vulnerable, de pronto te preguntan cosas sobre el tiempo libre, sobre si tienes pareja porque asumen, al menos en mi caso lo hacían, que eres heterosexual y soltera, ¿no? [se identifica como mujer bisexual]. Y en el caso de mi mamá, como la veían sola, creían que estaba soltera o que si tenía esposo, pues que no estaban las cosas bien porque dónde andaba el esposo.

Pasaba que se te quedaban viendo de una manera muy lasciva y aunque los confrontaras, pues les valía o se reían de ti en tu cara o te aventaban las cosas.

Otros tianguistas también, tanto en sus cinco sentidos como borrachos o drogados al final de la jornada, cuando se levantan las cosas, se pasan y te hacen comentarios o te chiflan y, sobre todo, lo hacen en parejitas o en grupos de hombres en este jugueteo de “ya acabamos la jornada a ver qué sale con la morra”.

Ese “jugueteo” no es ingenuo ni casual, es un modo de ejercer poder sobre los cuerpos feminizados en el territorio, es una pedagogía de la dominación que convierte el espacio público —y laboral— en un campo de agresiones normalizadas, “un campo de batalla” como dice Luz.

Miremos los contrastes: para las mujeres y disidencias, estar y trabajar en la calle exige otras estrategias, mantenerse alerta, regular la voz, defender el cuerpo. Estar en las calles sin parecer, trabajar sin incomodar, circular sin ocupar. Mientras que para los hombres, el trabajo en la calle, lo realizan con seguridad, pueden divertirse sin miedo. Esta asimetría de la ocupación de las calles no es sólo corporal, sino simbólica y política: en los territorios laborales informales, el poder masculino se teje en redes de complicidad, entre tianguistas, entre clientes, entre “compas” que reproducen una ocupación expansiva del territorio. En cambio, las mujeres únicamente acceden a ese espacio de manera condicional: pueden estar, siempre y cuando no rompan el guión de la disponibilidad, es decir, su presencia se tolera siempre y cuando paguen una cuota corporal. Y muchas veces, el vínculo con una figura masculina da una mínima posibilidad de limitar la violencia, una tregua momentánea frente al acoso sexual.

En estos territorios precarizados, la ocupación de las calles también es una disputa por la dignidad. Es ahí donde el análisis feminista periférico cobra todo su sentido; porque, cuando el cuerpo es el primer territorio, defender el derecho a trabajar también es defender el derecho a habitar sin miedo.

En las periferias, como Ecatepec, esa inscripción es aún más cruda, pues se marca el cuerpo, pero también una geografía entera que se considera prescindible, saqueable y disponible. Así, la violencia sexual-laboral no es sólo personal, es estructural, es territorial y es histórica; es la prolongación del mismo sistema que un día marcó tierras para la extracción y hoy marca cuerpos para el despojo cotidiano. Rita Segato lo dice con claridad: *“El cuerpo de las mujeres es el territorio donde el patriarcado inscribe su mensaje de poder [...] donde se despliega la pedagogía de la crueldad”* (Segato, 2013). Por eso, la violencia sexual no puede ser reducida a un delito individual, debe entenderse como una cultura de la violación, una práctica política de poder, donde se definen los cuerpos que pueden ser tomados, controlados y castigados.

Yuderkys Espinosa lo complementa: “el territorio también es simbólico: los cuerpos feminizados⁵, disidentes, indeseables para el capital, son sistemáticamente desplazados fuera de los espacios de visibilidad, valor y decisión. Las corporalidades que no se ajustan al ideal moderno-blanco-heterosexual han sido históricamente desplazadas fuera de los márgenes de humanidad reconocida” (Yuderkys Espinosa, 2008). Desde su lectura, la colonialidad saqueó tierras y ordenó cuerpos, saberes y deseos, dejando una jerarquización de quién merece vivir, trabajar o desear sin castigo, incluso, de qué saber vale la pena.

(5) Cuando hablamos de cuerpos feminizados nos referimos a aquellas personas (incluyendo mujeres cis, personas trans, no binaries y otras disidencias sexo-genéricas) cuyos cuerpos y existencias son leídas, tratadas y posicionadas socialmente desde una lógica de subordinación, de acuerdo con la estructura heteropatriarcal, colonial y binaria de la sociedad. Esta estructura impone una jerarquía donde lo masculino es sinónimo de poder y todo aquello que se percibe como femenino es desvalorizado, sexualizado o invisibilizado. Así, cualquier identidad o corporalidad que escapa de la normatividad masculina dominante es automáticamente relegada a lo “femenino”, no como un reconocimiento de su valor, sino como una forma de quitarle autoridad, legitimidad, autonomía y poder de acción (Lugones, 2008).



La violencia sexual en el trabajo no escapa a esta lógica. En nuestros cuerpos-territorios aún se escribe esa herencia colonial. Las periferias son lugares físicos, pero también lugares políticos desde donde se resiste a la anulación, desde donde se reescribe la historia. Nombrar la violencia sexual laboral desde los cuerpos-territorios periféricos implica también nombrar los sistemas que la sostienen: ¿cómo se organiza?, ¿quién puede acceder al trabajo y quién no?, ¿quién puede estar seguro en él?, ¿qué tipos de trabajos son objetos de protección y cuáles no?, ¿quién trabaja en ellos?

Las violencias sexuales no son iguales en todos los territorios. No es lo mismo buscar chamba en Santa Fe que en Ecatepec. Aquí, los cuerpos ya vienen marcados como sospechosos, como vulnerables, como desechables. Porque en las periferias, las violencias sexuales no sólo son más frecuentes, son más impunes, más normalizadas y más silenciadas

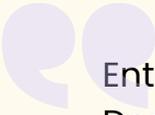
Desde una lógica de derechos humanos, revisamos y retomamos también el Convenio 190 de la OIT [Organización Internacional del Trabajo] como una herramienta que, aunque todavía poco explorada en nuestros contextos, nos da palabras para nombrar y visibilizar lo que ya sabíamos desde el cuerpo: que las formas de trabajo y las víctimas necesitan una protección más amplia, porque la violencia aparece en el escritorio, en la fábrica o en el puesto, es decir, en un lugar específico de trabajo, pero también emerge en espacios más ambiguos como los chats grupales, las reuniones, las capacitaciones, los eventos donde te obligan a “sonreírle al cliente” o los viajes laborales donde el límite entre el descanso y la subordinación se vuelve difuso. Incluso se cuela en nuestros hogares cuando trabajamos desde casa, donde la intimidad se convierte en espacio laboral vigilado.

Este convenio también deja claro algo que muchas veces intuimos, pero pocas veces se dice así: la violencia sexual puede ocurrir en lugares invisibilizados por los reglamentos de trabajo, aunque demasiado comunes para quienes trabajamos. Lugares como los baños, los vestidores, las zonas de comida o las áreas de descanso, que deberían ser seguros, pero que en muchos casos se convierten en espacios de riesgo. Y no sólo hablamos de jefes o supervisores, el acoso puede venir de compañeros de trabajo, clientes, pacientes, proveedores, capacitadores, pasantes, voluntarios o incluso personas despedidas o postulantes. Cualquier relación de poder, real o simbólica, puede convertirse en escenario de violencia.

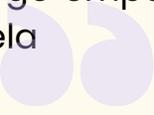
Cuando hablamos de violencia sexual en el trabajo no hablamos sólo de tocamientos o agresiones físicas. Hablamos de hostigamiento, coerción, violación, abuso de poder, comentarios degradantes, represalias, despidos y cualquier práctica que degrade la dignidad de quien trabaja.

Y desde lo que hemos aprendido: la violencia también se cuela en los silencios incómodos, en los “cumpleaños del jefe”, en los supuestos “ambientes relajados”, en las promesas disfrazadas de ascenso. Lo que durante décadas se ha normalizado como “ambiente laboral tóxico” es, en realidad, una forma sistemática de violencia sexual-laboral. Y necesitamos nombrarla como tal.

Fue en el cumpleaños del jefe [...], nos dijo que era importante que fuéramos porque para él era importante celebrarlo y yo justo estaba esperando que me subieran de puesto, pero andaba en mil cosas [...] Ya estando en la fiesta empezó a tomar de más y se me acercaba demasiado, me hablaba al oído como si tuviéramos mucha confianza, pero no. Yo trataba de esquivarlo, pero él insistía. Cuando salimos, insistió en pedirme un Uber. Me dijo que venía también para acá y se subió conmigo sin preguntarme. En el coche empezó a decirme que le gustaba y que podríamos hablar más tranquilos en su casa. Le dije que no y él se me lanzó para besarme. Me zafé como pude y me bajé del Uber en un lugar que no conocía. Al día siguiente, en la oficina, empezó a pararse atrás de mí cuando trabajaba, muy cerca, demasiado cerca. Sentía su respiración en el cuello y, una vez, se me recargó como si fuera un accidente, siempre le hacía gestos de que no me gustaba, de que me sentía incómoda y después todo cambió: me dejó fuera de las juntas, ponía a todo el equipo en mi contra; ya me sentía mal de ir, no dormía de pensar en qué iba a pasar, hasta que todo me orilló a renunciar. Vianey



Entré a trabajar a una tienda de ropa porque me urgía el dinero. Desde el primer día, el supervisor me dijo que si quería crecer rápido tenía que estar en todas las capacitaciones que me pusiera. Al principio pensé que era broma, pero después empezaron a ser muy frecuentes, cerraba la tienda y decía que me iba a enseñar cosas extra. Un día me arrinconó en el almacén y me dijo que, si no lo dejaba tocarme, iba a decir que yo me robaba mercancía. No supe qué hacer. Me congelé y luego empecé a faltar sin saber por qué. Me daba pánico volver. Daniela



Las experiencias de Vianey y Daniela evidencian cómo la violencia sexual-laboral se disfraza de “convivencia” y “capacitación”, y se convierte en una forma de castigo cuando se resiste. En cuerpos como el suyo, en territorios como Ecatepec, el acceso al trabajo digno queda condicionado a pagar con silencios, con miedo y con el cuerpo.

No es casual que esto ocurra en un contexto como Ecatepec, donde la precariedad estructural convierte al trabajo en un bien escaso y donde a las mujeres y disidencias jóvenes se les obliga a soportar dinámicas de abuso para conservar su fuente de ingreso. Aquí, el cuerpo no sólo es leído como fuerza de trabajo, sino como mercancía intercambiable, condicionada por una amenaza: “si no accedes, te desaparezco de la nómina”.

Esa lógica de coerción revela cómo los espacios laborales se convierten en territorios marcados por relaciones de poder que subordinan, castigan y disciplinan.



LA
PERIFERIA
EXISTE
PORQUE
RESISTE



4.2 La invención de las periferias: Ecatepec, una fantasía colonialista

Los territorios son creados y configurados activa y constantemente por la gente que los habita. Por eso, queremos hablar de cómo se han construido los territorios del centro y de la periferia, ya que Ecatepec no nació en los bordes: fue hecho periferia. La historia de este municipio es también la historia de una gran mentira estructural. Una que dice que el centro es progreso y la orilla, fracaso; que el norte es racionalidad y el sur, carencia. Que hay cuerpos para habitar el desarrollo y cuerpos para sostenerlo en silencio. Esta idea no es nueva, es un bordado antiguo tejido con hilos coloniales.

Con la invasión de Abya Yala⁶, los territorios del continente sufrieron un despojo sistemático de tierras, cuerpos, lenguas y saberes. Tal cual lo han explicado pensadores como Fanon (1961), Quijano (2014), Restrepo (2012) o Segato (2013), el proyecto colonial no fue sólo una ocupación violenta del territorio, fue una forma de reorganizar el mundo a través de la jerarquía, el racismo y la explotación. Se instauró una lógica global donde lo europeo fue posicionado como centro civilizatorio y todo lo demás como periferia subalterna. Ecatepec, al igual que muchas otras localidades del Estado de México, ha sido construido como un "afuera" de la ciudad, como un espacio relegado que carga con los rezagos, pero que nunca es reconocido por lo que aporta. Las personas que aquí vivimos sabemos que eso es una trampa. La periferia no es margen, es la maquinaria invisible que mantiene en marcha la Ciudad de México, en palabras de Luz Adriana, la periferia también es *"donde se teje lo que el centro desecha"*:

(6) Abya Yala, nombre ancestral del continente latinoamericano, utilizado por pueblos para referirse al continente desde una visión precolonial y de acuerdo con sus cosmovisiones.

cuerpos, saberes, historias y futuros. [...] Es lo que nos dicen que no deberíamos ser, pero es todo lo que somos [...] Es el verdadero centro que sostiene el capital, la vida y la imaginación”.

Como lo ha planteado Theotonio Dos Santos (2007), las estructuras de dominación colonial no desaparecieron con las independencias. Seguimos viviendo en una colonialidad capitalista que se sostiene sobre una relación jerárquica entre centro y periferia como estructura económica. El capitalismo global ha reproducido esta lógica, convirtiendo a nuestros territorios en espacios de expulsión, despojo y trabajo precarizado, mientras que los centros se presentan como sinónimo de desarrollo, riqueza y modernidad.

Esta desigualdad estructural permite a los territorios del centro monopolizar los bienes comunes y la industrialización, mientras que las periferias son relegadas a la extracción de materias primas y la oferta de mano de obra barata. Así, se perpetúa la marginación y se limita el desarrollo de la vida en las periferias, que se ven forzadas a integrarse al sistema económico global en condiciones profundamente desventajosas.

En el caso de México, particularmente en el Estado de México y sus municipios, entre ellos Ecatepec de Morelos, esta dinámica del capital también se reproduce. Ecatepec se ha convertido en una periferia de la Ciudad de México; no sólo en términos geográficos, sino también en términos económicos, políticos y sociales. Se dice que Ecatepec es una "ciudad dormitorio", sobrepoblada pero invisibilizada, híper productiva pero despreciada.

No es casualidad que las juventudes ecatepenses tengan que dejar su territorio para conseguir trabajos mejor pagados o mentir sobre su lugar de origen para conseguir un empleo en la Ciudad de México.

Tengo que mostrar buena disposición para trasladarme lejos o fingir que vivo en CDMX para que me den trabajo y no crean que eso puede ser un problema con mi cumplimiento o disposición por los tiempos de distancia. Siento incomodidad de tener que mentir, pero hay menos oportunidades especialmente para el arte y la cultura en Ecatepec. [...] Sí creo que permea en mi identidad [como Ecatepeense], pues tengo que ocultarlo; de lo contrario, tal vez ni me contrarían. De hecho, en algunos empleos, es requisito ser residente de la CDMX [...] y esto me afecta en mi casa, porque tengo que descuidar mi espacio por el tiempo invertido en los traslados o en tener más de 1 o 2 empleos [...] De la misma manera, a veces siento que decir que vivo a más de una hora de trayecto es una especie de presentación como persona precarizada y/o explotada. Harumi Yatzil

Nunca quise trabajar en Ecatepec, mi idea siempre fue trabajar cerca de los entornos donde estudié en CDMX. Renata

He tenido un miedo enorme de habitar el Estado de México porque desde la infancia no recuerdo un sólo momento en el que no sea leído mi contexto como peligroso. Cuando mis primas venían a visitar a mi abuela, siempre llegaban platicando que las habían asaltado o que guardaban sus cosas de tal forma en la que acomodaban algo para el ratero y algo para ellas [...] esas dinámicas me parecían súper fuertes, me parecía súper tenebroso y violento. La violencia en el transporte público me parecía aterradora, mi vecina fue asesinada en el transporte porque quedó en fuego cruzado. [...] Entonces, generé mucho miedo a habitar el Estado de México. Cuando entré a la prepa, empecé a estudiar en la Ciudad de México, por lo que comencé a formar mis vínculos ahí y prácticamente todo mi proyecto de vida está por allá, sin contar que el lugar que habito, mi casa, está en el Estado de México y vivo en Ecatepec. Georgina

Tampoco es casualidad que muchas de las personas entrevistadas, tengan que ocultar que viven aquí para no ser descartadas en una entrevista de trabajo. Entonces, lo que se estigmatiza no es sólo el lugar, es también el cuerpo que lo habita.

Reconocerse como habitante de Ecatepec es asumir una identidad tejida de estigmas y resistencias, atravesada por una narrativa impuesta que ha construido a la periferia como un espacio marginal, violento y subordinado. Desde la mirada hegemónica, lugares como Ecatepec se perciben como zonas “rojas” o “fallidas”, territorios que deben ser corregidos, vigilados o directamente borrados porque incomodan. Esta construcción social de inferioridad no es ingenua, es una estrategia de poder que posiciona la centralidad urbana como el ideal de desarrollo, forzándonos sistemáticamente a abandonar nuestros territorios bajo la idea de que “salir de aquí” es la única forma de vivir dignamente, pero el tiempo y la historia nos han enseñado que esa promesa es una ilusión colonial que idealiza el centro y desprecia la periferia.

Entonces, ser de Ecatepec implica enfrentarse cotidianamente al racismo, al clasismo y al colorismo estructural que encapsulan nuestras vidas en discursos de exclusión. Desde nuestra voz, no se trata sólo de un estigma, se trata de una estrategia territorial de exclusión. Es portar una geografía estigmatizada que opera como una barrera en lo laboral, lo social y lo simbólico que nos orilla a un racismo interiorizado. La territorialidad se convierte en marca y en sentencia: lo que para el sistema es “lejos” o “peligroso”, para nosotras es casa, cuerpo y memoria.

Ecatepec no creció por azar. En los orígenes de Ecatepec se encarna la desigualdad territorial: fue urbanizado sin planificación, saturado sin servicios, utilizado como colchón demográfico para sostener la expansión del centro y las dinámicas migratorias que han reconfigurado profundamente el territorio.

Su historia, de la misma forma, está marcada desde la época precolonial por la migración; principalmente por grupos otomíes

(de la cultura tolteca-chichimeca sintetizada al final con la reestructura de los aztecas) que se establecieron a las orillas del Lago de Texcoco para mantener relaciones de comercio con los pueblos del Valle de México.

Desde mediados del siglo XX, personas de diversas partes del país, principalmente de lugares rurales, llegaron con la esperanza de construir un hogar y mejorar su calidad de vida. El sueño de la ciudad, favoreció el desplazamiento de lo rural al centro y “el proceso de blanqueamiento” de las ciudades (la expulsión de ciertas clases sociales al Estado de México), generando un crecimiento poblacional y la urbanización de la Zona Metropolitana del Valle de México; no obstante, las políticas que los trajeron no impulsaron el desarrollo prometido, sino pobreza, inseguridad y falta de servicios públicos, mismos que reflejan el abandono estatal.

Dos terceras partes de las personas que habitan Ecatepec llegaron desde otros lugares, un dato que, más que estadística, es memoria en movimiento. Autores como Tello (1983) y Garrocho y Campos (2005) lo documentan. Por un lado, se han asentado los flujos de migración interna, de familias provenientes principalmente de la Ciudad de México, Puebla, Oaxaca y Veracruz. Por otro, en los últimos diez años, se ha intensificado el paso y la permanencia de personas migrantes, provenientes de Centroamérica y Sudamérica, especialmente de Honduras, El Salvador, Guatemala y, más recientemente, Venezuela, que buscan refugio, alimento y empleo temporal en su trayecto hacia la frontera norte. Ecatepec se ha vuelto un punto de paso y tejido humano diverso; que, lejos de ser reconocido como refugio de Latinoamérica, ha sido históricamente criminalizado, precarizado y estigmatizado, marcado por el despojo y la marginalización institucionalizada.

De acuerdo con el censo Censo de Población y Vivienda 2020 del INEGI (INEGI, 2020), alrededor de 28,000 personas en el municipio hablan alguna lengua indígena, siendo las más comunes el náhuatl, el otomí y el mixteco; sin embargo, sus necesidades específicas como población indígena son invisibilizadas en las políticas municipales.

La experiencia de vida en Ecatepec, un municipio que se ha convertido en "territorio dormitorio", muchas veces puede estar marcada por la sensación constante de hostilidad, precariedad e inseguridad. El simple hecho de caminar por las calles deterioradas y mal iluminadas es un recordatorio de la vulnerabilidad constante nacida de la urbanización descontrolada que ha ignorado las necesidades básicas de sus habitantes.

Ser de la periferia es dormir a dos horas de donde se hace tu vida, donde trabajas, donde conectas. Vivir a la orilla del grupo demográfico que sí le importa al gobierno. Vivir con carencia, en calles llenas de baches que nadie repara, con inseguridad que damos por hecho y miedo porque toda la vida se nos ha dicho que es zona roja, con gente típicamente más cerrada de mente y más machista que en la ciudad. Donde te ven raro si no te comportas o ves como el resto de ellos. Andrea Berenice

Andrea Berenice revela lo que muchas jóvenes enfrentan: una doble violencia. Por un lado, el estigma territorial que las posiciona como "peligrosas" o "fuera de lugar"; por otro, la vigilancia comunitaria que exige obedecer normas conservadoras para ser aceptadas. En esa tensión, la libertad se vuelve un lujo que no todas pueden tener.

El miedo no es individual, es el reflejo de un territorio habitado desde la sospecha y la desprotección. Habitar Ecatepec es una cuestión geográfica, pero también una experiencia marcada por la desconfianza social y el desarraigo.

Desde los feminismos periféricos, denunciaremos esta lógica y proponemos otra lectura. Nos asumimos no como margen, sino como epicentro de las luchas. Reivindicamos la periferia como postura política: un cuerpo colectivo atravesado por exclusiones, sí, pero igualmente por resistencias cotidianas. Aquí, en los bordes del capital, florecen redes de afecto, experiencias de autogestión, prácticas de cuidado comunitario, activismos que confrontan el olvido.

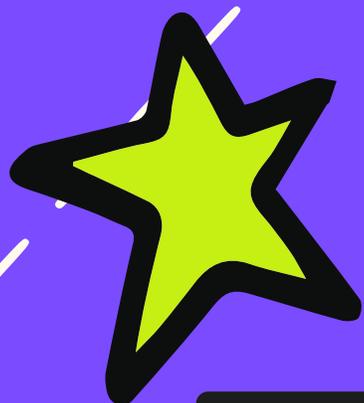
Las juventudes, especialmente mujeres y disidencias, somos vidas periféricas del capital, pero además somos potencias organizadas. En Ecatepec, esas potencias chocan con un contexto marcado por la informalidad laboral, la falta de servicios, el racismo territorial y una violencia estructural que no se limita al crimen organizado, sino que se manifiesta también en el abandono político, en los trayectos de dos horas al trabajo, en el agua que no llega por semanas, en la escuela que no te incluye, en el empleador que te rechaza laboralmente por tu domicilio. Ecatepec enfrenta múltiples desafíos y complejidades por la carencia de infraestructura que brinde servicios básicos ya que están saturados y/o son insuficientes, por ello, la alimentación, la salud, la educación y el trabajo digno siguen siendo derechos inaccesibles para la mayoría; sin embargo, también representa:

Vivir un poco más lento de lo que se vive en la Ciudad de México, un poco más a tu ritmo, ver crecer a las mismas personas con las que fuiste al jardín de niños y convertirse en las nuevas familias que heredarán el barrio; vivir en Ecatepec es vivir lejos de todo, pero al mismo tiempo tenerlo todo... excepto trabajos bien remunerados y agua. Andrea Berenice

Y es, desde esa contradicción, donde surge nuestra apuesta política, porque implica hacer varios movimientos por descentralizar la vida, las luchas y los feminismos, porque como dice Luz, necesitamos comenzar a trazarnos otros entendimientos de las periferias.

Precisamente la periferia es todo lo que nos dicen que no deberíamos ser y que no deberíamos hacer, pero es todo lo que somos [...] al final del día somos gente racializada, gente explotada, pero sobre todo la periferia es gente que seguimos sobreviviendo a pesar de todo. La gente que más lucha es de acá, en realidad el verdadero centro está en la periferia, es la gente que sostiene el capital a base de la explotación en diferentes niveles, no sólo laboral, también cultural; de aquí sale la gente que hace crecer el dinero de la ciudad y que paga los impuestos en la ciudad y desafortunadamente también nos han hecho creer que la ciudad protege, pero sólo se aprovechan porque el esquema está pensado así, para que la ciudad tome todo, tome recursos como el agua, tome los recursos como la cultura, tome su gente para secarla y después todo va para allá, porque nos hemos creído la idea de que aquí no valemos, entonces, para mí no se trata de romantizar el barrio, eso también es bien falso, no se trata de ver el folclor, se trata de sacudirse la idea de lo que implica y significa el orden y el progreso. Luz Adriana

Porque si el centro nos nombra con desprecio, nosotras nos bordamos con dignidad. Porque si la ciudad extrae nuestro cuerpo y nuestro tiempo, también tejemos ternura y rebelión con lo que queda y surge de nuevo. Porque aquí, donde las calles se agrietan y el agua escasea, también brotan historias, afectos y memorias que insisten en ser recordadas. Ecatepec no es la sombra del centro, es su espejo roto. Y, desde ese espejo, reescribimos el mapa: con memoria, con rabia, con deseo de justicia. Si el centro nos expulsa, las periferias nos devuelven la posibilidad de reinventar el mundo desde abajo.



5

**COSTURAS INVISIBLES:
FEMINIZACIÓN
Y PRECARIZACIÓN
DEL TRABAJO**



*El trabajo de las mujeres ha sido históricamente invisibilizado
porque ha sido considerado parte de su naturaleza.
Romper con esta naturalización
es comenzar a politizar la vida cotidiana.*
Silvia Federici.

Desde la perspectiva de la filósofa Hannah Arendt, el trabajo es una de las condiciones fundamentales de la vida humana, no sólo por su capacidad de generar sustento, sino porque da sentido a nuestra existencia colectiva. En su visión, el trabajo no se reduce a la mera producción económica, pues implica el acto humano de construir un mundo común. En palabras de Arendt, en su obra *La condición humana* (1958), "El trabajo asegura la vida, pero no crea un mundo duradero".

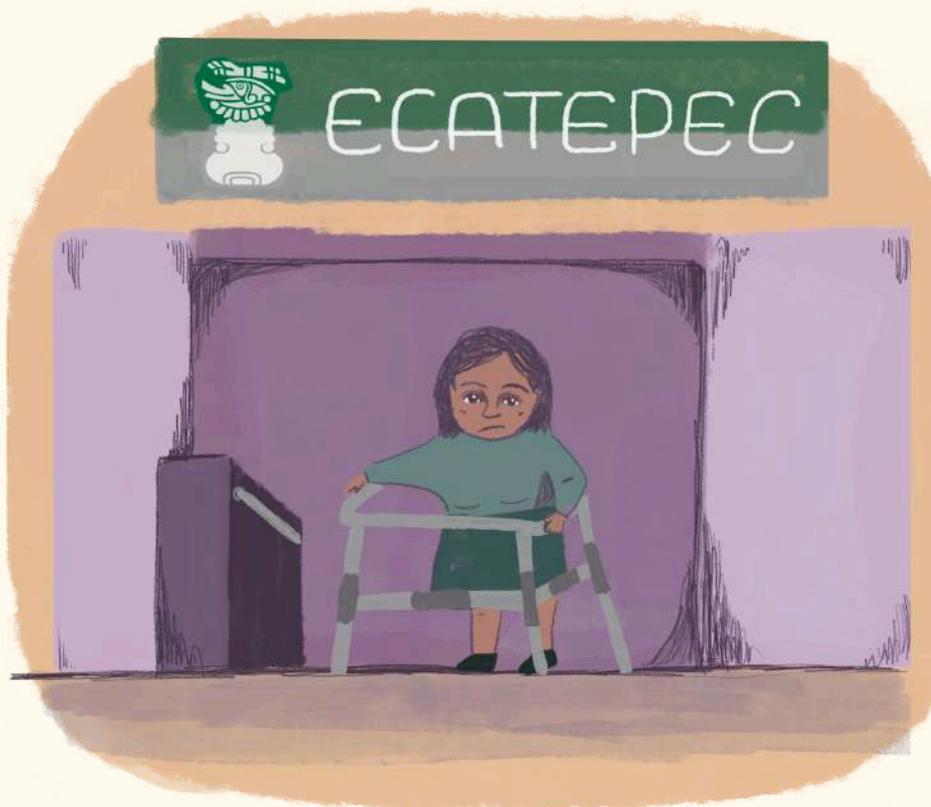
La feminización de la pobreza no es un accidente, sino el resultado histórico de una división del trabajo que confinó a los cuerpos feminizados, principalmente a los cuerpos feminizados de la periferia, la responsabilidad de cuidar, alimentar, limpiar y sostener sin reconocimiento ni garantías. Mientras que el trabajo asalariado, productivo y visible se ha asociado tradicionalmente a los cuerpos masculinizados, el trabajo de la reproducción social, el cual permite que ese otro trabajo exista, ha sido relegado a la esfera de lo privado, lo doméstico, lo "naturalizado".

Esta naturalización opera como una trampa histórica: al considerarse que las mujeres "por instinto" cuidan, nutren o sostienen, se oculta la violencia estructural que las empuja a realizar estas labores en condiciones de precariedad extrema. Este reparto desigual, anclado en roles de género binarios y estereotipados, ha permitido que el trabajo de las mujeres sea visto como una extensión de sus cuerpos más que como una actividad social y económicamente construida.

En territorios marcados por la desigualdad territorial, la violencia económica y la ausencia de políticas públicas inclusivas, esta carga se intensifica. La falta de acceso a derechos laborales formales, la normalización del autoempleo precarizado, el trabajo doméstico no remunerado y las labores de cuidado no sólo reproducen las condiciones de exclusión, sino que las profundizan, tejiendo sobre las cuerpos feminizadas un entramado denso de explotación y olvido.

El mercado laboral en Ecatepec es complejo y desigual, caracterizado principalmente por empleos informales. El trabajo en la periferia, lejos de ser una vía de emancipación, aparece como un terreno marcado por la desigualdad de género, etaria y el racismo.

En muchos de estos empleos los derechos de las personas trabajadoras son escasamente respetados y las oportunidades de crecimiento son limitadas; ya que, de acuerdo con nuestra encuesta, el 59.3% de mujeres y disidencias se encuentra fuera del mercado laboral formal y, conforme a la ENOE de 2023, el 72% de las mujeres ni siquiera tiene empleo, pues el 55.9% se dedica a las labores del hogar sin remuneración (ENADIS,2022).



Por otro lado, las mujeres con discapacidad se enfrentan a otros retos al momento de buscar un empleo, el 13.5% reporta no encontrar oportunidades laborales y el 34.4% señala que la infraestructura pública es inadecuada para su movilidad (INEGI, 2022).

Además, en México, el 35.7% de las personas LGBTQ+ no es económicamente activa (ENDISEG, 2023), puesto que las personas trans enfrentan mayores dificultades para acceder a empleos formales debido a la discriminación y prejuicio, así como a la falta de políticas de inclusión específicas. De hecho, el 5% de las personas LGBTIQ+ en México ha reportado no haber sido contratada debido a su orientación sexual o identidad de género y el 28.1% ha sufrido discriminación en sus trabajos (ENDISEG, 2023): desde comentarios despectivos hasta hostigamiento y amenazas, lo cual las lleva a abandonar el empleo formal y recurrir al trabajo informal o sexual.

Un ejemplo muy claro de la discriminación que viven las personas transexuales, nos lo da Alexa, una de las mujeres entrevistadas durante la investigación:

“Entré a ese trabajo antes de la transición, en el trabajo me conocieron con mi death name. Me conocieron con mi expresión de género anterior; entonces, primero que nada fue el hablarlo con mi jefe y al principio sí fue como de “Sí, te voy a dar chance, te voy a dar la oportunidad de que transiciones, pero ten en cuenta que hay muchas personas mayores que no van a entender el proceso”. Entonces, técnicamente durante un año de mi transición, se me prohibió hacerla en la oficina, ¿por que? No sé bien. Me dijo “¿Cómo le voy a explicar a los demás compañeros esto?”. Sí, así como suena, eso fue lo que sucedió. Alexa”

Por otro lado, el racismo estructural también es un factor determinante en la dinámica laboral de este municipio. Aunque Ecatepec no es una comunidad abiertamente nombrada como racializada, la discriminación con base en origen étnico y clase social es una realidad cotidiana que afecta a las mujeres y disidencias, especialmente a las indígenas y afrodescendientes. De hecho, a nivel nacional, sólo el 32.8% de la población indígena tiene empleo, así como el 44.6% de personas afro y el 45.2% de migrantes (INEGI, 2023). Y, de la población indígena en el Estado de México, el 48.6% son mujeres (CDI 2010) y muchas de estas mujeres enfrentan doble discriminación por su género y su etnia, limitando aún más sus oportunidades laborales y educativas.

La falta de políticas públicas inclusivas que consideren las necesidades específicas de las mujeres y disidencias jóvenes en el contexto de Ecatepec ha perpetuado la exclusión social y económica. En lugar de crear programas que promuevan la igualdad de género, se sigue marginando a estas poblaciones en un mercado de trabajo que, lejos de ofrecer oportunidades, las somete a la invisibilidad y la explotación. De hecho, únicamente 40% de las empresas en México cuenta con políticas laborales inclusivas y específicas para personas LGBTIQ+, como políticas contra la discriminación o protocolos de nombre social para personas trans (Hernández Jorquera, 2023).

Además, las tasas de deserción escolar entre las adolescentes de Ecatepec, especialmente las de familias en situación de pobreza, son alarmantes. De acuerdo con el diputado local, Faustino de la Cruz Pérez, en Ecatepec poco más de 196 mil jóvenes de 18 a 29 años de edad no asiste a la escuela (73.99%) y 24 mil 322 adolescentes de 15 a 17 años (18.25%) no recibe educación (EDOMEX, 2022), lo que limita gravemente sus perspectivas laborales y contribuye a la reproducción de ciclos de pobreza intergeneracional. Por otro lado, el acceso a la educación es negado en el caso de las personas LGBT+ en un 34.1% de los casos (CONAPRED, 2019).



Esta falta de oportunidades se ve reflejada en los altos índices de violencia de género y femicidios en la región. Según el Observatorio Ciudadano de Violencia Social y de Género de Ecatepec, en 2023 se registraron 79 feminicidios, una cifra alarmante que refleja la vulnerabilidad en que se encuentran las mujeres jóvenes en este municipio.

La violencia estructural y la precariedad laboral se interrelacionan de manera compleja, creando un contexto de vulnerabilidad extrema donde las mujeres y disidencias jóvenes luchan por encontrar un espacio en el que puedan desarrollarse de manera digna y autónoma.

Con base en este contexto, las mujeres y disidencias jóvenes en Ecatepec encuentran en el trabajo informal la única opción para llevar el sustento a sus hogares.

La falta de empleos formales en la región hace que muchas personas deban recurrir a trabajos en mercados ambulantes, ventas por catálogo, servicio doméstico o empleos temporales en pequeñas tiendas, negocios o comercio ambulante, estos empleos, aunque fundamentales para la subsistencia diaria, ofrecen un ingreso mínimo y carecen de los beneficios laborales básicos, como acceso a seguridad social, vacaciones, prestaciones de salud o derechos de maternidad.

Según el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI), más del 60% de la población económicamente activa en Ecatepec se encuentra en la informalidad, una cifra que refleja la escasez de empleo formal en la zona y el carácter precario de muchas de las fuentes de trabajo disponibles; además, la tasa de empleo informal para personas LGBTIQ+ es alta, con más del 45% de esta población empleada en trabajos informales en México, mientras que en personas trans asciende a un 70% (CONEVAL, 2020).

De acuerdo con el Observatorio de Trabajo y Desigualdad de Género, aproximadamente el 75% de las trabajadoras informales en Ecatepec son mujeres y un porcentaje importante de estas realizan labores en el hogar o en condiciones de subempleo, lo que genera un ciclo de vulnerabilidad económica que es difícil de romper.

Los empleos domésticos en particular, una de las principales fuentes de trabajo para mujeres jóvenes, se caracterizan por la falta de derechos laborales y una alta tasa de abuso. A pesar de que la Organización Internacional del Trabajo (OIT) reconoce a las trabajadoras del hogar como un grupo laboral con derechos específicos, la mayoría de las trabajadoras en Ecatepec no cuentan con contratos formales, lo que las deja sin acceso a pensiones, seguro médico o el derecho a descanso remunerado.

Por otro lado, el trabajo en mercados ambulantes o ventas por catálogo, que es otra de las opciones más comunes para las mujeres jóvenes en Ecatepec, también presenta graves limitaciones. Aunque estas actividades ofrecen cierto grado de autonomía, suelen estar marcadas por la inestabilidad económica, la falta de crédito, la competencia desleal y, en muchos casos, el riesgo de ser desalojadas por las autoridades municipales.

El estudio “La Informalidad en las zonas metropolitanas de México: un análisis de sus principales determinantes” (Robles Ortiz, D., Sánchez Bárcenas, H., & Beltrán Jaimes, L. D., 2019) reveló que el 54% de los trabajadores informales son mujeres y que el nivel educativo de la población informal es predominantemente la secundaria (32%), seguida por aquellos con estudios de primaria (30%) y bachillerato (18%).

En términos de ingresos, las mujeres jóvenes que se dedican al trabajo informal en Ecatepec ganan menos que los hombres en actividades similares, esta brecha salarial se debe a la discriminación de género, la precariedad laboral y la falta de acceso a redes de apoyo que promuevan su empoderamiento económico. Además, estas mujeres tienen menos acceso a la capacitación o educación que les permita mejorar sus condiciones laborales, lo que perpetúa la desigualdad económica en el municipio.

Por otro lado, las personas LGBTIQ+ perciben, en promedio, un 25% menos en comparación con personas heterosexuales en trabajos similares en América Latina (Desarrollo, 2021). En particular, las mujeres lesbianas y personas trans enfrentan mayores brechas salariales debido a prejuicios y estigmatización.

La informalidad laboral también está vinculada a la falta de acceso a servicios de salud y seguridad social, lo que aumenta la vulnerabilidad de las trabajadoras jóvenes ante riesgos laborales, enfermedades y emergencias.



Juventudes

CHAMBEREN
SEGURAS!

En Ecatepec, alrededor del 45% de las trabajadoras informales no cuentan con acceso a servicios médicos. Esta cifra es aún más alarmante en las mujeres jóvenes que, al no estar afiliadas a sistemas de seguridad social, deben enfrentar el embarazo, enfermedades o accidentes sin ningún tipo de cobertura o apoyo institucional.

De acuerdo con el Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (CONEVAL), más del 60% de la población en Ecatepec se encuentra en condiciones de pobreza y el trabajo informal no permite romper este ciclo. En este contexto, las mujeres y disidencias jóvenes quedan atrapadas en un sistema que solamente les ofrece trabajos que no pueden mejorar su calidad de vida.

Ecatepec es un municipio en el que las mujeres y disidencias jóvenes enfrentan múltiples barreras de carácter estructural para entrar a formar parte del mercado laboral. Esto, producto de un contexto restrictivo conservador que busca controlar y disciplinar sus cuerpos. Algunas de ellas se agravan como consecuencia de la existencia de los estereotipos: a las mujeres se les impone la hipersexualización en su forma de vestir; a mujeres lesbianas, bisexuales, que tienen expresiones de género masculinas se les exige cumplir con cánones hegemónicos de feminización; a personas no binarias, que se encasillen conforme al sexo asignado al nacer; y a personas trans, producto de la patologización y el estigma, la realización de una prueba de VIH como condición para ser contratadas.

Por otro lado, el embarazo adolescente y la maternidad a edades tempranas, condiciones comunes en esta región, colocan a las jóvenes en una posición de vulnerabilidad aún mayor. De acuerdo con el Instituto de Salud del Estado de México (ISEM), en 2014 se registraron 4 890 embarazos en mujeres de 15 a 19 años de edad dentro de Ecatepec.

Estas mujeres, muchas de ellas madres solteras, tienen pocas opciones para conseguir trabajos que se adapten a sus necesidades y les permitan sostener a sus hijos e hijas. Para ellas, trabajar en tiendas, en mercados o en servicios es una de las pocas alternativas posibles, aunque eso signifique recibir salarios que no cubren las necesidades básicas. Y, encima, deben hacer frente a una doble jornada laboral: trabajan en sus empleos informales durante largas horas y, al regresar a casa, se encargan de las tareas de cuidado y del hogar. Este trabajo no remunerado se suma a su carga de responsabilidades y limita aún más sus oportunidades de crecimiento laboral y personal.

Como señala la socióloga y activista negra Léila González (Gonzalez, 1984), el trabajo doméstico ha sido históricamente uno de los espacios donde el racismo y el sexismo se entrelazan, pues fue en este sector donde las mujeres negras, en su mayoría esclavizadas, estuvieron atrapadas en condiciones de servidumbre, dejando un legado histórico que hoy persiste a través de prácticas de explotación laboral, comprendiendo que Ecatepec es un municipio racializado, lo cual se evidenció durante el año 2020 en el que, según el INEGI, el 50% de la población afroamericana se concentra en seis entidades: 303,923 viven en Guerrero, 296,264 en el Estado de México, 215,435 en Veracruz de Ignacio de la Llave, 194,474 en Oaxaca, 186,914 en Ciudad de México y 139,676 en Jalisco.

Esto refleja que, al ser la segunda entidad con mayor población, para el caso de Ecatepec, que hace parte del Estado de México, aplican las condiciones del racismo estructural que atraviesan a los territorios racializados impactando directamente en el ámbito laboral de sus habitantes y/o con acento diferenciado en mujeres y disidencias sexo-genéricas.

Esta dinámica refleja lo que la feminista y abogada Teresa Ulloa (2018) describe como una "responsabilidad del Estado" de crear sistemas de apoyo para que las mujeres puedan trabajar en condiciones dignas y seguras; sin embargo, en Ecatepec, esta responsabilidad ha sido ignorada y las mujeres y disidencias, tanto jóvenes como racializadas, continúan asumiendo cargas de cuidado sin recibir compensación ni apoyo institucional.

En algunos casos, las redes de apoyo familiares son la única manera de sobrellevar esta carga. Abuelas, tías y hermanas a menudo se convierten en cuidadoras mientras las jóvenes trabajan y esta dinámica refuerza una tradición de cuidado entre mujeres que, aunque vital, también evidencia la falta de apoyo institucional para que las mujeres puedan acceder a trabajos dignos y a la estabilidad económica.

La falta de guarderías accesibles y seguras es una barrera que perpetúa la precarización laboral de las madres jóvenes. La mayoría de ellas no cuenta con los recursos económicos para pagar un lugar donde sus hijos puedan quedarse mientras trabajan y la opción de quedarse en casa a cuidar de los hijos significa renunciar a ingresos ya de por sí escasos. Este ciclo de pobreza y desigualdad impide que las mujeres y disidencias jóvenes de Ecatepec puedan construir un futuro para ellas y para sus familias.

Adicionalmente, un obstáculo más para las mujeres y disidencias jóvenes que buscan empleo en la Ciudad de México es el prejuicio asociado al lugar de origen. En términos teóricos, el concepto de "precarización" se aplica para describir no sólo la inseguridad laboral y la falta de beneficios, sino también la explotación de la fuerza de trabajo de las mujeres y disidencias racializadas. La feminista Judith Butler (2004) enfatiza que la construcción del sujeto político feminista está vinculada a las condiciones laborales y, en el caso de las disidencias, el empleo en condiciones de precarización extrema limita su capacidad de agencia y resistencia.



Desde los feminismos negros se ha destacado que la precarización laboral no es un fenómeno aislado, sino que está directamente relacionado con la historia colonial de los contextos de Latinoamérica donde la esclavitud, el racismo y la misoginia se entrelazaron para construir una estructura social que sigue favoreciendo a las élites blancas y masculinas, lo cual es evidente en la situación de Ecatepec como territorio periférico.

En la misma línea, la teórica y activista negra Djamila Ribeiro (Ribeiro, 2019) dice que el racismo no es una cuestión de prejuicios individuales, sino una estructura que impregna todas las dimensiones de la vida social, incluida la economía y el trabajo, explicando así toda una serie de prejuicios que se configuran como una barrera de acceso, permanencia y promoción en entornos laborales para las mujeres y disidencias sexo-genéricas ecatepecenses a causa de la territorialidad que habitan y/o transitan.

En el Estado de México, la PEA, que incluye a personas mayores de 15 años que trabajan o buscan trabajo, alcanzó un 61.3% en el segundo trimestre de 2024. Esto muestra una alta participación de los jóvenes en el mercado laboral, aunque con diferencias según género: la tasa para hombres es de 74.3%, mientras que para mujeres es de 49.8%. Del total de personas ocupadas, el 22% trabaja de manera independiente sin emplear a otros (autónomos), lo que es común en jóvenes que buscan flexibilidad o ante la falta de empleos formales (INEGI, 2024).

La economía solidaria también se ha convertido en una opción para algunas mujeres en Ecatepec. A través de cooperativas y pequeñas redes de producción, algunas mujeres logran vender productos artesanales o alimentos, lo que les brinda una fuente de ingreso independiente y les permite escapar, en cierta medida, de la precarización del trabajo informal.

Aunque estas alternativas aún no representan una solución a gran escala, sí son un paso importante hacia la creación de una economía más justa y equitativa, en la que las mujeres y disidencias puedan acceder a trabajos dignos y seguros.

Por todo lo anterior, la demanda de los movimientos feministas en Ecatepec, tener derecho a un trabajo digno y seguro para todas que cubra todas sus necesidades y las de sus familias, cobra un sentido mayor ya que, en este contexto, la lucha por el reconocimiento de los derechos laborales es también una lucha por la autodeterminación y la liberación de las mujeres y disidencias sexo-genéricas en el territorio.

En conclusión, la situación del trabajo en Ecatepec para mujeres y disidencias sexuales refleja una compleja interacción entre las estructuras de opresión patriarcales, las dinámicas de pobreza y violencia, y las luchas por la justicia social. La mirada feminista sobre el trabajo, que va más allá de la simple demanda por mejores salarios o condiciones laborales, también reclama una transformación profunda de las relaciones de poder que configuran la sociedad. En este sentido, las mujeres y disidencias sexuales en Ecatepec no sólo luchan por la equidad laboral, sino también por el derecho a existir y a ser reconocidas en su plena dignidad humana. La resistencia feminista en este contexto, lejos de ser una respuesta aislada, es un acto de reconfiguración del orden social y laboral que busca la creación de un mundo más justo y libre.

No se trata únicamente de reconocer que las mujeres trabajan más, se trata de entender que su trabajo sostiene la vida de toda la sociedad sin que exista una redistribución justa de esa carga. Politizar la vida cotidiana implica, entonces, romper con esa naturalización, entender que detrás del cuidado, del sostenimiento de la vida y de las tareas históricamente feminizadas, hay esfuerzo y opresión estructural. Como bien señalan los feminismos comunitarios, la resistencia no sólo habita en las grandes acciones colectivas, sino también en cada acto cotidiano de cuidado consciente, de autoempleo digno, de bordado de redes comunitarias que reconfiguran el sentido del trabajo desde abajo y desde los márgenes.



6



**EL REVÉS DEL BORDADO:
LO QUE REVELAN LOS HILOS**



6.1 La violencia sexual- laboral

Como hemos señalado, la violencia sexual en espacios laborales constituye una problemática estructural que vulnera los derechos humanos y laborales de mujeres y disidencias en Ecatepec de Morelos. Este fenómeno, que refleja dinámicas de poder, discriminación y desigualdad, afecta de manera diferenciada a estos grupos debido a la intersección entre género, orientación sexual, identidad de género y condiciones socioeconómicas. La violencia sexual-laboral se manifiesta de manera diferenciada, tal como el feminismo interseccional, teorizado por Kimberlé Crenshaw (1989), destaca. Las mujeres sufren agresiones físicas y verbales, como el acoso constante sobre su apariencia física y la sexualización de su cuerpo. En el caso de las personas trans y no binarias, los actos de violencia incluyen la negación de su identidad y la imposición de cumplir con normas de género hegemónicas, además de enfrentar altos niveles de acoso y comentarios ofensivos relacionados con su identidad, lo cual crea un entorno de violencia psicológica que limita su autoestima y su sentido de pertenencia en el trabajo.

Judith Butler, en su obra *El Género en Disputa* ([1990] 2007), explica cómo los cuerpos disidentes rompen con las normas y son castigados por ello; en Ecatepec, este castigo se traduce en una constante amenaza y en un ambiente laboral donde las personas disidentes de la heteronorma son invisibilizadas y atacadas.

Durante la encuesta realizada Las Sabinas logramos levantar una serie de datos cualitativos y cuantitativos que permiten acercarnos a la comprensión y visibilización de las diversas formas y espacios en que se presenta la violencia sexual en entornos laborales.

La violencia sexual se configura como una barrera laboral al limitar el acceso, la permanencia y el desarrollo profesional de las mujeres y disidencias, puesto que la necesidad de evitar situaciones de riesgo lleva a muchas personas a abandonar sus empleos, aceptar condiciones laborales precarias o mantenerse en silencio ante las agresiones por miedo a represalias o al desempleo.

Estas circunstancias afectan su bienestar y generan un ambiente de hostilidad que limita su capacidad de desarrollarse profesionalmente. El filósofo Michel Foucault, en *Vigilar y Castigar* (1975), señala que el poder se ejerce a través de mecanismos que disciplinan el cuerpo y, en este contexto, la violencia sexual funciona como un medio para controlar a las mujeres y disidencias, manteniéndolas en un estado de constante vigilancia y subordinación.

Además, el acoso y la violencia sexual afectan las oportunidades de promoción laboral perpetuando la precarización, puesto que las mujeres y disidencias suelen verse forzadas a cambiar de trabajo o a aceptar condiciones de empleo menos favorables para evitar enfrentarse a agresores.

6.2 La búsqueda de trabajo en Ecatepec

Buscar trabajo en Ecatepec no es simplemente recorrer calles o consultar anuncios, es caminar por una tela desgarrada, bordada de estigmas, violencia y precariedad. Antes de siquiera ingresar a un centro de trabajo, mujeres y disidencias jóvenes cargan con el estigma de su territorio, el cual muchas veces activa prejuicios en quienes contratan. No es casualidad que, según una encuesta realizada por el Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE), el 43% de las personas que viven en la Ciudad de México admiten tener prejuicios hacia los habitantes de Ecatepec, asociándolos con violencia o pobreza (CIDE, 2022).

Esta discriminación geográfica cierra puertas desde el inicio, negando oportunidades laborales formales a quienes provienen de este territorio. A esto se suman las desigualdades de género y edad. En palabras de Victoria, “Nos dicen que no damos el ancho sólo por ser de donde somos”.

Territorio y cuerpo se entretajan como barreras al buscar empleo, incluso antes de presentarse a una entrevista. La oferta laboral dentro del municipio es escasa y profundamente precarizada. Abundan empleos informales que prometen ingresos rápidos, pero esconden peligros. Varias mujeres jóvenes relatan cómo anuncios de trabajo locales resultaron ser trampas, estafas piramidales o explotación sexual:

Yo escuchaba historias de ofertas falsas, de engaños con los que te llevan [...] había rumores de que en esos puestos para empacar en casa después te citaban en algún lugar y te secuestraban o abusaban de ti, como que querían pasarse contigo, había mucha oferta, pero, ya cuando entrabas, te pedían cosas que no tenían mucho sentido, fotos íntimas Adriana

Una amiga que es de Jardines de Morelos y yo, desde muy chicas empezamos a buscar trabajo un poco más formal, pero sí veíamos que era complicado, incluso una vez me tocó pedir trabajo en un lugar que estaba cerca de mi casa y me dijo el tipo “Aquí necesitamos chicas que le sepan al taconeo”. Y yo, con mi necesidad, porque era un momento muy muy difícil, me dije “Pues ni modo, no sé qué es, pero me aviento”. Y le dije “Tengo muchas ganas de trabajar y estoy dispuesta a aprender lo que sea” y me dijo “Es que aquí necesitamos chicas con la experiencia y que le sepan a meserear con estilo y que sepan mover los tacones”, como diciéndome que implicaba otras cosas con el cuerpo, como que tenías que vender con el cuerpo. [...] Y ya no insistí, como que sí me sentí un poco intimidada. Y nunca volví a ese lugar, pero como dos años después lo cerraron, era un lugar de narcomenudeo. [...] Entonces pienso que estaba relacionado con eso o con la trata. Luz Adriana



MI
CUERPO
NO ESTÁ
EN LA
NÓMINA

Por temor a caer en en estos espacios, muchas prefieren buscar trabajo fuera de Ecatepec, generalmente en la Ciudad de México, aunque eso implique horas de trayecto, gastos extra y exponerse a otros riesgos: violencias, robos, acoso callejero e, incluso, violencias lesbitransfóbicas durante el camino.

Tanto yo como varias amigas preferíamos buscar trabajo en la ciudad porque de cierto modo nos hacía sentir un poco más seguras. Adriana

Hay tanta violencia laboral que ni siquiera me atreví a construir una idea de poder trabajar en Ecatepec, me parecía imposible, nunca lo vi en mi imaginario de construcción a futuro [...] En esos ejercicios de cómo te ves dentro de cinco, diez, quince años, nunca me imaginé teniendo un trabajo en Ecatepec porque me parecía un lugar sumamente violento para poder trabajar y me sigue pareciendo [...] La violencia y el crimen organizado están sumamente atravesados. En mi pueblo [San Pedro de Xalostoc], no hay un sólo lugar que se pueda considerar seguro ni para trabajar ni para nada, no puedes tomar la combi sin formar parte de este círculo de violencia, las tiendas tienen que pagar su cuota de uso de suelo, supuestamente para tener seguridad, para que nadie las esté molestando, les roben, les quemén el lugar o les secuestren. Georgina

Muy a menudo algún sujeto en carro o moto se me acercaba insistentemente para que me fuera con él [...] se notaba que iban buscando mujeres a ver quién se subía; al pensarlo después, lo asocié con tratantes de blancas. Adriana Beatriz

A veces las personas que transitan por aquí de repente se me quedan viendo feo o de repente hacen algún comentario así como al aire, pero pues son insultos lesbofóbicos y pienso que, cuando me pasan ese tipo de situaciones en el centro, protesto y me defiendo, pero adentrarme en el Estado de México me da miedo, me da pánico. En mi pueblo me paraliza, me cuesta mucho trabajo defenderme en la periferia. Yo no me imagino defendiéndome como sí lo hago en la Ciudad de México; porque, aunque sepas que le puedes ganar a la otra persona, físicamente o verbalmente, no sabes si es el que controla el punto, si trae una pistola, si te va a disparar, si te va a apuñalar... entonces, no le vas a ganar. Entonces, es mejor quedarse callada, no intentar defenderte y entonces te callas. Georgina

La violencia acecha desde la calle, haciendo que cada desplazamiento por un empleo potencial se sienta como una aventura peligrosa. En este contexto, las dinámicas de la violencia sexual están profundamente conectadas con otras dinámicas territoriales complejas, como el consumo problemático de sustancias psicoactivas, el narcotráfico y otros problemas graves.

Al iniciar el primer abordaje para la aplicación de la encuesta, tuvimos una experiencia muy dura que nos aterrizó de forma intempestiva en el contexto material del territorio. Abordamos a una joven adolescente de 13 años, quien nos contó que sufría violencia sexual por parte de su padrastro, quien además era su jefe en el trabajo que realizaba en ese momento (manejar juegos mecánicos infantiles). Justo entonces, de manera imprevista y violenta, el agresor apareció, obligándonos a alejarnos de la menor. Únicamente pudimos entregarle nuestra información como organización con la esperanza de que nos contactara.

Surgió así una posibilidad de mirar la relación activa entre la violencia sexual, la explotación laboral infantil y posibles casos de trata de personas. Durante otra de las intervenciones, pudimos identificar que también la violencia sexual está relacionada con la venta y el expendio de sustancias psicoactivas en varias zonas cercanas a la territorialidad en la que nos encontrábamos y donde, diariamente, acuden y transitan mujeres y disidencias jóvenes para trabajar.

La manifestación verbal de miedo y prevención de las mujeres respecto a los lugares en los que han vivido violencia sexual durante su camino hacia los espacios laborales fue algo que se repitió en varios abordajes posteriores.

No es de extrañar que varias opten por buscar ocupaciones cercanas, aunque sean peores pagadas, sólo por evitar ese viaje que convierte sus cuerpos en blanco de la violencia cotidiana.

Por otro lado, cuando finalmente consiguen una oportunidad laboral, a veces descubren que el propio proceso de contratación está atravesado por expectativas sexistas o insinuaciones sexuales. En las entrevistas importan más las apariencias que las competencias si eres mujer. “Uy, no, chica, es que no tienes el perfil para este lugar, aquí necesitamos chicas que le sepan al taconeo”, le dijo el dueño de un “restaurante” a Luz Adriana cuando se postuló como mesera. La miró de arriba abajo, descartándola no por su falta de habilidades sino por no verse lo suficientemente “femenina” o atractiva según sus estándares. Tiempo después, Adriana supo que aquel local era una fachada de narcomenudeo; irónicamente, no haber “dado el perfil” la salvó de un entorno de explotación sexual.

Las mujeres y disidencias con discapacidad se enfrentan a otros retos al momento de buscar un empleo, el 13.5% reporta no encontrar oportunidades laborales y el 34.4% señala que la infraestructura pública es inadecuada para su movilidad (INEGI, 2022).

Aunado a esto, mujeres lesbianas, bisexualas, personas no binarias y trans manifiestan vivir violencias por su orientación sexual, identidad de género y expresión de género; por tener la “voz muy masculina”, por tener tatuajes, por llevar el cabello corto, rapado o teñido de colores vivos fuera de lo común en estos territorios conservadores. Los estereotipos de género se cuelan en la selección de personal, camuflando discriminación como “requisitos del puesto”. Al respecto nos comenta Gael, una joven no binarie, y Catalina, una mujer joven lesbiana:

Tuve que disfrazarme, me dejé crecer el cabello y comencé a cambiar toda mi expresión de género a una más femenina porque, como siempre he sido más andrógina, sabía que no tenía oportunidades de entrar al trabajo. Ya cuando llevaba un año y medio en la chamba, comencé de nuevo a ser yo, a cortarme el cabello, a vestirme como yo quería y, al mismo tiempo, comencé a recibir comentarios de las mujeres: que por qué no me maquillaba, que por qué me rasuraba la cabeza, que por qué no me ponía aretes, que por qué no era más sutil al hablar. Gael

En la entrevista me preguntaron si tenía novio o hijos y le dije “¿Por qué me haces esas preguntas?, a lo que el fulano de recursos humanos me dijo que eso le daba pautas de mi compromiso laboral, como si dependiera de eso; entonces, si pensaba así, ¿cómo le iba a decir que tengo novia? Catalina

Las personas trans enfrentan mayores dificultades para acceder a empleos formales debido a la discriminación y prejuicios, así como a la falta de políticas de inclusión específicas. De hecho, el 5% de las disidencias en México ha reportado no haber sido contratada debido a su orientación sexual o identidad de género y el 28.1% ha sufrido discriminación en sus trabajos (INEGI, 2023), lo cual las lleva a abandonar el empleo formal y recurrir al trabajo informal o sexual.

Así el trabajo, lejos de ser una promesa de autonomía, se convierte en un espacio donde los cuerpos disidentes deben moldearse, ocultarse o fingir para no ser expulsados. El bordado de sus trayectorias laborales está lleno de nudos hechos con miedo y hartazgo.

Cada pregunta inapropiada, cada excusa para no contratarlas son puntadas que no se ven en el tejido de la violencia estructural, hilos sutiles que van excluyendo a quienes no encajan en el molde del empleado ideal: hombre, urbano, heterosexual, “presentable”, según cánones heteropatriarcales y clasistas.



MISCELÁNEA

ALTO

NO ESTAS SOLA

EDO MEX

OKO

RODOLFO

Aun con todo este contexto, algunas logran cruzar el filtro y ser contratadas, pero el precio suele ser la precariedad: salarios bajos, sin contrato, ni prestaciones y la condición implícita de sentirse “agradecidas” por tener trabajo. Muchas jóvenes de Ecatepec terminan en empleos informales o en la economía gigi⁷, donde los derechos laborales parecen algo mítico.

Harumi Yatzil cuenta que para sobrevivir necesita combinar varios empleos, viajar horas diarias y negociar con el tiempo, el cuerpo y el agotamiento:

Actualmente, tengo la oportunidad de que uno de mis trabajos, el cual mayor tiempo me demanda, es el más cercano y me hago de 20 a 30 minutos en llegar. Me puedo ir en combi, la cual pasa muy cerca de donde vivo y sólo tener ese gasto si me voy con tiempo. Si me voy con el tiempo justo debo tomar taxi a la avenida y tomar la misma combi para que sea más rápido salir de la zona. Regularmente es cansado tener que trasladarme más de una vez a diferentes partes, por lo menos hago 4 traslados al día si los contabilizo. Otro de mis trabajos es al sur de la ciudad, a ese me hago alrededor de 1 hora y 30 minutos; aunque me queda más lejos, es un buen trabajo y me pagan mejor, es una institución que suma beneficios a mi currículum y tiene oportunidad de crecimiento, me pagan casi el triple por hora de lo que me pagan en mi trabajo más cercano. Durante el camino me suelo quedar dormida. Harumi Yatzil

Sus jornadas empiezan antes del amanecer, entre autobuses llenos y vagones en los que procura no dormirse de pie. El tiempo de vida se fuga en el camino y con él, la energía que podría dedicar a desarrollarse profesionalmente.

(7) La economía GIG, o economía de proyectos, es un modelo laboral caracterizado por trabajos temporales y flexibles realizados por trabajadores independientes a través de plataformas digitales. Se realizan tareas específicas o proyectos puntuales, cobrando por el trabajo finalizado, sin contratación, ni derecho laboral a largo plazo

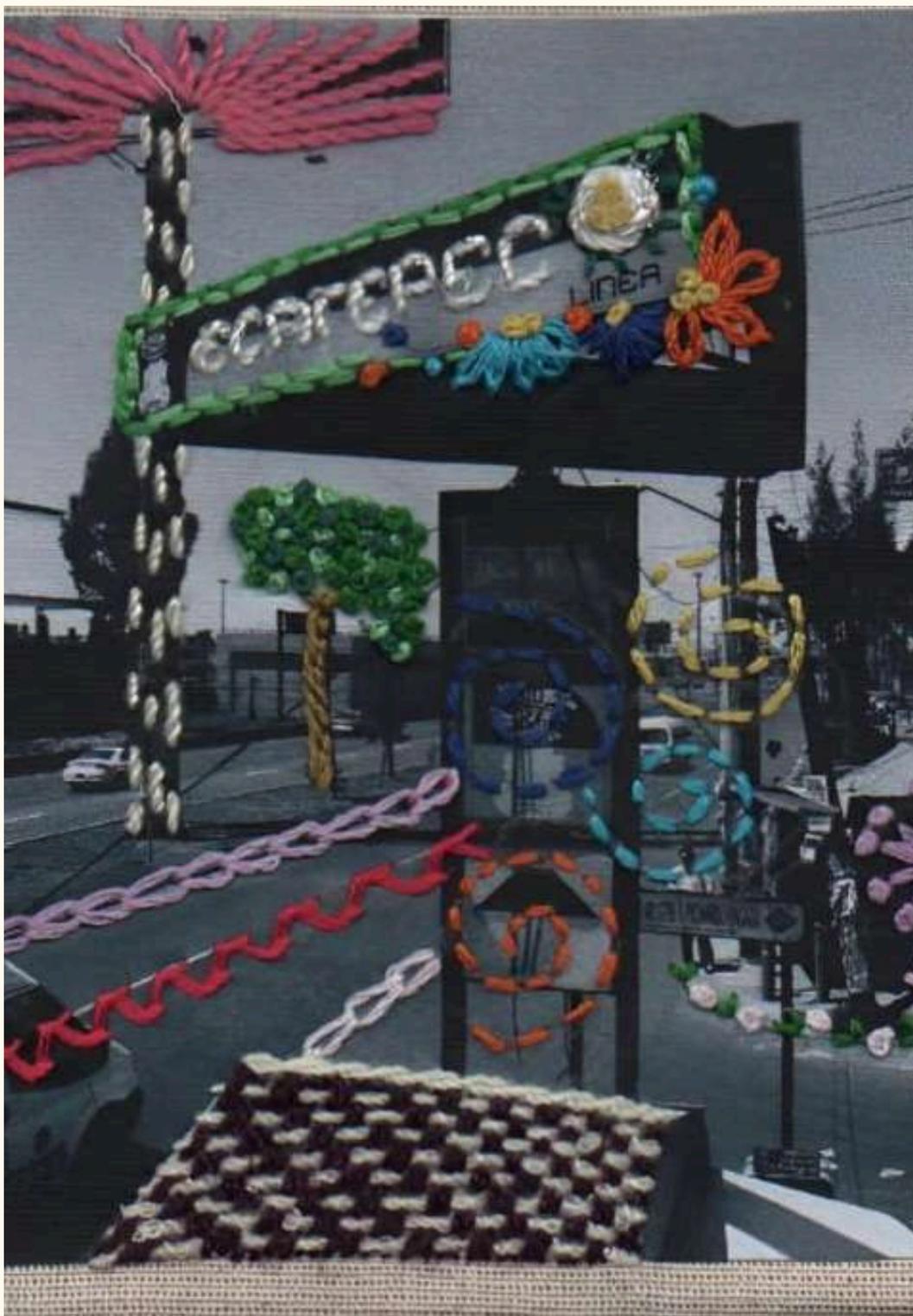
Así, la periferia geográfica se vuelve también laboral, pues muchas mujeres y disidencias se quedan en trabajos cercanos pero informales: tienditas, estéticas, mercados, fondas, limpieza doméstica, porque el centro está demasiado lejos física y simbólicamente.

Aquellas que se aventuran al otro lado del cerro del viento –como nombra el náhuatl a Ecatepec– cargan con su territorio auestas: sienten que deben probar el doble su valía para desmontar la idea de que “si eres de Ecatepec, no sirves”. Entre autopistas y avenidas, el cuerpo-territorio de estas juventudes vive su primera gran batalla. Buscar trabajo es ya exponerse a la violencia, la de la pobreza, la del machismo, la del racismo hacia su lugar de origen y color de piel. Cada solicitud de empleo enviada es un acto de resistencia y esperanza a contracorriente.

6.3 Entrando a un trabajo nuevo: puntadas que abren otras costuras

Superado el tema de la contratación, iniciar en un nuevo trabajo debería ser motivo de alivio y esperanza; sin embargo, para muchas mujeres y disidencias jóvenes de Ecatepec, esa sensación dura poco, ya que el primer día no significa seguridad, sino incertidumbre al descubrir que el ambiente laboral puede ser una extensión más de las violencias que ya conocían, ahora dentro de las paredes de la oficina, la tienda o la fábrica. Desde el primer día surgen preguntas silenciadas: ¿Será un ambiente seguro?, ¿Por qué acepté esta chamba sin prestaciones? ¿Qué pasará si alguien me acosa? ¿Con quién puedo hablar si ocurre algo? En vez de celebración, lo que hay es tensión en el cuerpo: una puntada que aprieta sin romper, una costura que no cierra.

Y es que entrar a trabajar siendo mujer o disidencia joven en un entorno tradicional suele significar entrar en un campo plagado de miradas lascivas, chistes incómodos, "bromas" que no son broma, roces "accidentales" al pasar. Violencias sexuales cotidianas que están tan normalizadas que muchas aprenden a bordearlas para sobrevivir.



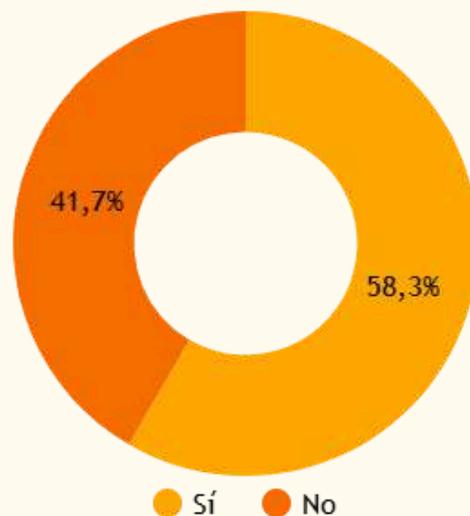
La encuesta que compartimos evidenció que más de la mitad de mujeres y disidencias ha vivido violencia sexual en el trabajo o durante el camino al trabajo: 58.3% de una muestra de 108 personas jóvenes que viven, transitan o trabajan en Ecatepec, develando la movilidad forzada en el cruce entre habitar y trabajar.

- 101 mujeres,
- 6 personas no binaries,
- 1 persona transexual.

54.6% de las personas encuestadas trabajan actualmente en Ecatepec, 38% en la Ciudad de México y 7.4% en otros municipios limítrofes como Tecámac, Acolman o Nezahualcóyotl, territorios que comparten dinámicas laborales, contextos de violencia. El dato estremece, pero más lo hace pensar en lo que hay detrás: personas, historias, sueños truncados, miedos. Y aun así, pocas veces estas vivencias salen a la luz.

Fuente: Tablero de Violencia sexual en entornos laborales elaborado por Las Sabinas

¿Has experimentado violencia sexual en el trabajo y/o en el traslado?



Para muchas mujeres y disidencias jóvenes, nombrar lo que viven como violencia no es inmediato. Durante las encuestas presenciales, varias jóvenes trabajadoras no reconocían ciertas acciones como acoso sexual hasta que se les mostraban ejemplos. La violencia, cuando se vuelve rutina, se oculta bajo capas de normalidad. Una participante nos contó:

“Un profesor me dijo “se parece a la del dibujo, maestra, no sabía que le tomaron foto”, y se trataba de un grafiti de una mujer en anime hipersexualizada. Harumi Yatzil

Este comentario, disfrazado de broma, evidencia cómo se tolera, e incluso se celebra, la sexualización y el hostigamiento como parte del ambiente laboral.

“Ha habido un sólo trabajo del que salí corriendo hace varios años porque el personal era homofóbico y quería que yo también discriminara por esta razón [...] En ese mismo trabajo, un señor que yo calculo al menos veinte años mayor que yo, me acosaba, yo tenía 19. En mi primer trabajo, a los 16, trabajaba en un café internet, de ahí tuve que pedir ayuda a los locatarios de al lado porque había un señor masturbándose con videos musicales a un lado de mi. Y hubo otro trabajo cuando tenía alrededor de 22 o 23 años en donde un señor, que tenía alrededor de 40, hijo de la dueña que rentaba el local a mis jefes, que pensó que yo era menor de edad —dicho por él— [...] me invitó a salir todos los días durante un mes hasta que le conté a mi jefe y tuvo que intervenir. No podía verme sola en el local porque seguía insistiendo a pesar de mis negativas y mi obvio desinterés. Andrea

Andrea bordó su historia con hilo fuerte, mostrándonos sus estrategias para sobrevivir en esos contextos laborales, alzar la voz, encontrar personas de apoyo, no encontrarse sola y mostrar desinterés.

En Ecatepec, como en muchas partes del Estado de México y de nuestro país, es común escuchar que “así son todos los jefes” o “son bromas de mal gusto, pero bromas al fin”. Este tipo de experiencias muestran cómo las violencias sutiles —o no tan sutiles— se normalizan en los entornos laborales. Además, los protocolos para prevenir y atender casos de acoso o discriminación son inexistentes o ineficaces en la mayoría de los lugares.

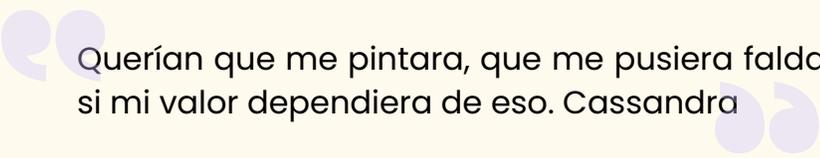
Renata, una joven trabajadora, recordó durante los talleres cómo en su primer empleo le decían a su compañera:

Es normal que el supervisor nos bese a todas las empleadas ante la vista de todos. Nadie le hacía nada porque así era su forma de saludar. Hasta que un coordinador se dió cuenta y detuvo la situación porque ya varias estábamos incómodas. Renata

La intervención de ese coordinador frenó una dinámica que la empresa normalizaba. Historias así revelan la complicidad del silencio de los empleadores con los agresores, ya que durante meses estas mujeres soportaron el acoso sexual del supervisor.

En otros casos, la violencia se camufla como retroalimentación laboral. Cassandra nos compartió durante el taller cómo apenas semanas después de entrar a un nuevo empleo en una organización civil, fue confrontada por sus superiores de una manera insólita.

La citaron a una reunión que supuestamente era para hablar de su desempeño, pero resultó ser para criticar su aspecto físico. Le reprocharon su forma de vestir sencilla y su falta de maquillaje, diciéndole que así “no se veía lo suficientemente femenina” para atender al público. Aquella vez salió de la oficina de recursos humanos con las lágrimas contenidas y un nudo de impotencia en la garganta. Tenía 25 años, necesitaba el trabajo y sus jefes le exigían transformarse según estereotipos de género retrógrados.



Querían que me pintara, que me pusiera falda, que sonriera más... como si mi valor dependiera de eso. Cassandra

En ese encuentro, muchas se sintieron conmovidas, porque era una situación con la que se identificaban. Dentro de ese mismo empleo, sufrió tocamientos sin consentimiento por parte de un compañero de trabajo. “Yo no usaba falda, pero igual me agarraron”, ironizó con rabia. No pudo denunciar nada dentro de la organización: un lugar donde la regañaban por no ser “femenina” difícilmente iba a escucharla por ser víctima de acoso. Finalmente, aquella joven renunció: prefería quedarse sin trabajo que seguir en un ambiente que la violentaba. Su historia es la de tantas otras: el acoso y el hostigamiento laboral termina expulsándolas a falta de mecanismos internos efectivos para detenerlo. Esta percepción es compartida por muchas juventudes que enfrentan no sólo un adultocentrismo excluyente, sino también la imposición de normas de género que limitan sus opciones laborales. En los hilos de esta historia, el género no es una categoría, es una sentencia laboral.

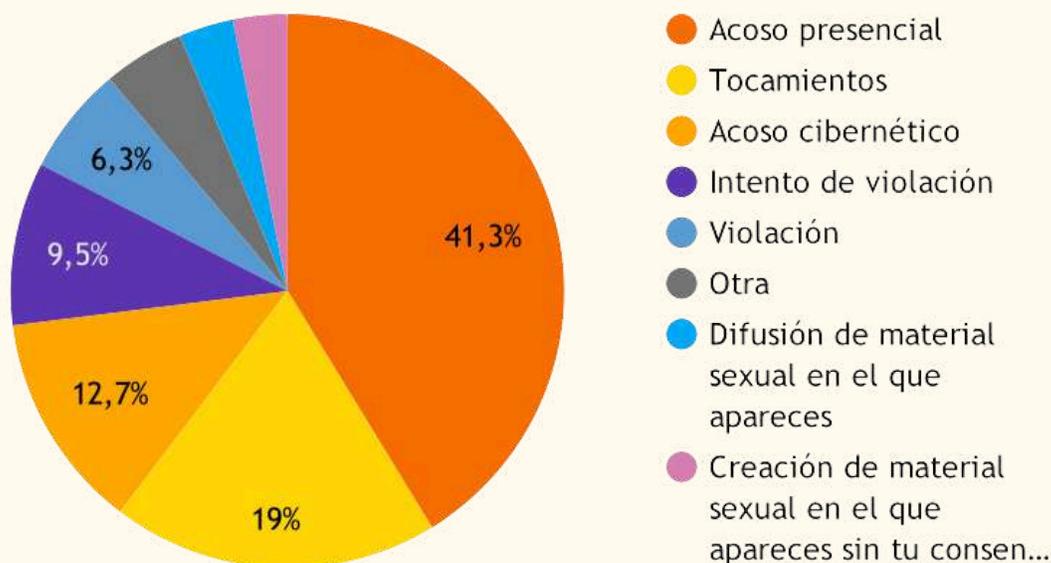
Como lo muestran estos testimonios, el primer día de trabajo no siempre es un nuevo comienzo, a veces es únicamente otro bordado más en la manta de la violencia estructural.

En la encuesta que realizamos, al preguntar sobre el tipo de violencia sexual que vivieron en el ámbito laboral, el 41.3% de las personas encuestadas señaló el acoso verbal o conductual como la forma más común de agresión. Le siguen los tocamientos sin consentimiento con un 19%, el acoso cibernético con 12.7%, los intentos de violación con 9.5% y la violación con un 6.3%. El restante 11.2% corresponde a otras formas de violencia sexual, como la difusión no autorizada de material íntimo y la creación de contenido sexual sin consentimiento.

Estos datos nos dan cuenta de lo que muchas mujeres y disidencias han expresado en talleres y entrevistas: la violencia sexual-laboral no siempre se manifiesta en sus formas más extremas, pero sí en formas constantes y normalizadas que, al repetirse y no sancionarse, generan un entorno hostil y profundamente violento. El acoso cotidiano, los mensajes sexuales no solicitados, las invasiones digitales, los "accidentes" físicos y las amenazas siguen marcando los cuerpos y los días laborales de muchas mujeres y disidencias jóvenes en Ecatepec.

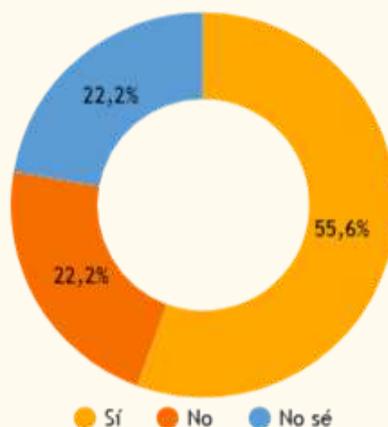
Fuente: Tablero de Violencia sexual en entornos laborales elaborado por Las Sabinas

¿Qué tipo de violencia sexual?



Más de la mitad (55.6%) de las personas disidentes sexogenéricas señalaron que la agresión sexual que vivieron está directamente relacionada con su identidad de género u orientación sexual.

¿Crees que la agresión que viviste se vincula con tu identidad de género u orientación sexual?



Otro hilo que desenmascara esta revictimización estructural lo encontramos en los datos mismos: más de la mitad de las personas encuestadas (35 personas, equivalente al 55.5%) señalaron que la agresión sexual ocurrió directamente en su lugar de trabajo. Ese dato no es menor, pues nos muestra que la violencia no es un hecho aislado ni excepcional. Ocurre justo ahí donde se supone que deberíamos sentirnos a salvo, donde tejemos nuestro sustento, nuestras redes, nuestros proyectos de vida. Es en ese espacio laboral donde el abuso se normaliza y se repite con impunidad. Ahí, donde deberíamos construir autonomía, muchas veces lo que se impone es la vergüenza, el miedo o el silencio. El trabajo, que debería ser punto de apoyo, se convierte para muchas en el escenario cotidiano de la agresión.

¿Dónde sucedió?



A la pregunta sobre el cargo de la persona agresora, un 23.8% de las personas encuestadas mencionó a un cliente, 17.5% al dueño del sitio de empleo, 12.7% a supervisores, otro 12.7% a compañeros de trabajo, 11.1% a una persona subordinada y un 20.6% seleccionó la categoría “otro”.

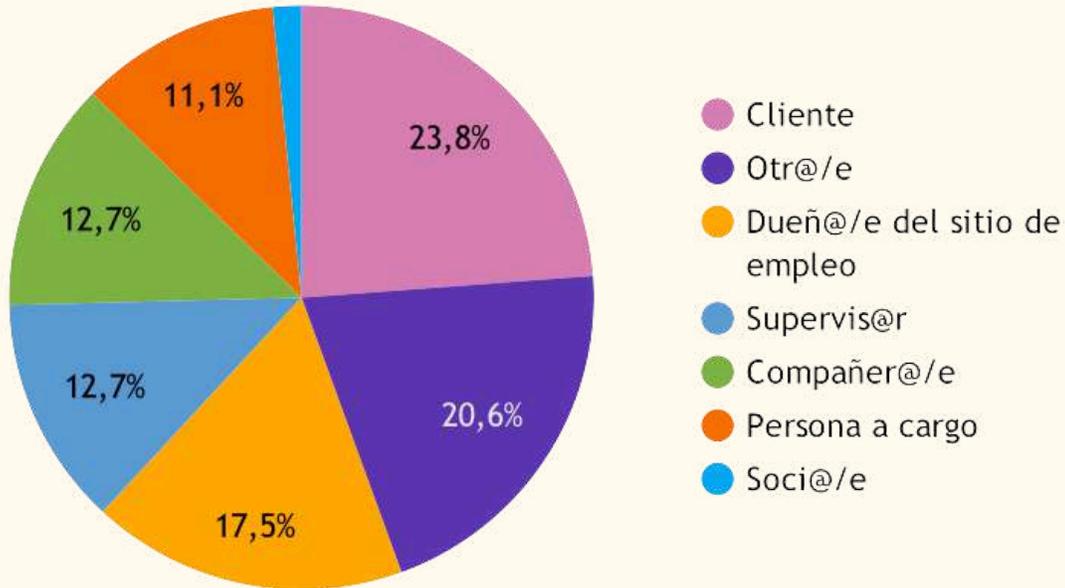
Cabe señalar que, si sumamos clientes, dueño de empleo y supervisores, un 54% de agresiones provienen de personas con una dimensión jerárquica. Colocamos clientes en esta categoría dado que su decisión impacta directamente en el sustento económico de mujeres y disidencias porque son quienes deciden si te contratan, si te vuelven a contratar, cuánto te pagan o no, si te recomiendan o te desprestigian; es decir, se genera una relación de dependencia y subordinación invisible.

En la encuesta también se demuestra que la violencia sexual laboral se manifiesta desde múltiples direcciones: la ejerce el cliente que se siente con derecho, el supervisor que se cree impune, la persona compañera que traspasa límites, el dueño que convierte el trabajo en chantaje.

En el último porcentaje denominado como “otro”, caben esos agresores que se cuelan por las rendijas del sistema —proveedores, voluntarios, trabajadores eventuales, supervisores externos, personas desconocidas que se sienten con derecho a ocupar el espacio laboral de las mujeres y disidencias— porque el sistema no los nombra ni los investiga.

Fuente: Tablero de Violencia sexual en entornos laborales elaborado por Las Sabinas

¿Cuál era el cargo de la persona agresora?



En Ecatepec, donde muchas formas de empleo se desarrollan en espacios informales, abiertos o sin regulación —tianguis, casas particulares, servicios a domicilio, calle—, el cuerpo de las personas trabajadoras está expuesto no sólo al jefe, sino a todo aquel que transite, consuma o simplemente mire. El territorio permite que cualquiera arroge poder sobre los cuerpos feminizados sin garantía de justicia.

A continuación, compartimos algunos testimonios anónimos recogidos a través de la encuesta que dan cuenta de esta pluralidad de agresores y de la carga emocional que estas experiencias suponen:

“En mi gremio es constante el acoso por medio de redes sociales, hay hombres que te contactan por el simple hecho de querer "ligar" y ni siquiera notan que están contactando un perfil que ofrece un servicio, a veces incluso envían fotografías de genitales, la solución más rápida siempre ha sido reportar a la plataforma Facebook/Instagram y bloquear a los acosadores, pero no sé si hay otras opciones. Anónima

“Mi trabajo consiste muchas veces en la exploración física de los pacientes y tener contacto directo al realizar masaje terapéutico, por lo cual algunos pacientes me han insinuado terminar el masaje teniendo relaciones sexuales con ellos y es una forma de acoso y violencia que se normaliza al decir "masaje con final feliz" cuando mi trabajo es sólo para mejorar su salud. Anónima

“El proveedor llegaba siempre con “chistes” subidos de tono. Una vez me dijo que si me veía fuera del trabajo, me iba a enseñar “lo que era bueno”. Anónima

“Un hombre se acercó fingiendo que quería comprar. Me tocó el brazo, me dijo cosas al oído. Como estaba sola, tuve que fingir que estaba ocupada y pedirle que se fuera, pero yo estaba temblando, no sabía que quería. Anónima

En esta investigación hemos contado varios relatos de violencia sexual en el trabajo en los que podemos ver diferentes personas que ejercen violencia, pero queremos dar cuenta de otras realidades.

Guadalupe, ex-policía de seguridad privada en un supermercado, compartió en uno de los talleres que en su trabajo no había vestidores separados por género. Ella y sus compañeras tenían que cambiarse frente a sus compañeros hombres, sin protestar. “Había que aguantar”, decía. No porque fuera cómodo, sino porque sentía que debía demostrar fortaleza, que no tenía "nada que ocultar".

Para ella, mostrarse vulnerable era abrir la puerta a ser vista como débil, como alguien que no podía con el trabajo. Cambiarse junto a ellos se convirtió en una especie de armadura, una forma silenciosa, pero implacable, como un bordado tenso que se cose sobre la piel sin descanso, de resistir en un entorno donde ser mujer ya es una desventaja.

Guadalupe también compartió que, en una ocasión, una mujer le tocó las nalgas en el transporte público mientras se dirigía al trabajo. Y Alexa, una compañera trans relató cómo una clienta le apretó el trasero “para ver si era real”.

Aunque la mayoría de agresores suelen ser hombres, estos testimonios dejan claro que el abuso no tiene un solo rostro, lo que tiene son posiciones de poder, cuerpos vulnerabilizados y dinámicas profundamente normalizadas. En ambos casos, optaron por callar. ¿Cómo denunciar que una mujer te acosó en un sistema que ya de por sí duda de la palabra de las mujeres? Así de retorcida es la lógica patriarcal: incluso entre mujeres se reproduce la violencia, porque todas, en mayor o menor medida, hemos sido socializadas en un orden que enseña a oprimir.

En entornos laborales marcadamente machistas, una persona trans puede convertirse en blanco constante de burlas, aislamiento e incluso agresiones físicas y sexuales. Nos contaban en los talleres cómo algunos compañeros las llamaban por apodosos ofensivos y las acosaban con “bromas” sobre su orientación sexual.

Ejemplos muy claros de la discriminación que viven las mujeres trans, nos los dan Alexa y Joss, mujeres entrevistadas durante la investigación:



Me tocaba en algún momento ir a las construcciones y sí sientes miradas lascivas por parte de los albañiles y por parte de la gente de obra. Si llevo un pantalón bien ajustado o una blusa que se transparenta mucho, me digo “no lo debías de haber traído” y me regaño porque no tengo que sentirme mal de mi vestimenta, pero cuando voy a las obras trato de irme lo más holgada posible para que no haga corajes [...] No me agreden físicamente, pero sí noto cuando se empiezan cuchichear, empiezan a decir chistes de que “no, pues ya llegó tu amiga la Wendy Guevara”, qué cuanto el servicio, o sea, no son cosas que me digan directo, pero son cosas que se dicen entre ellos.
Alexa

Tienes que pagar el consumo del agua, pero también tienes que pagar la pipa, pero también tienes que pagar el apoyo porque te mandaron la pipa y, en la vida de las mujeres trans que aparte de vivir desigualdad, violencia discriminación, ansiedad, depresión conductas suicidas, pues aparte tenemos el problema de que ni siquiera bañarnos podemos, ¿no? No podemos estar limpias y la salud en este trabajo sexual es importante porque ni modo que vas a recibir a tu cliente toda... nada limpia. ¿Cómo voy a recibir a un cliente si no tengo agua para bañarme? ¿Cómo vas a cuidarte si no hay con qué lavarte el cuerpo? Entonces impacta de todo, en todas las formas. Joss

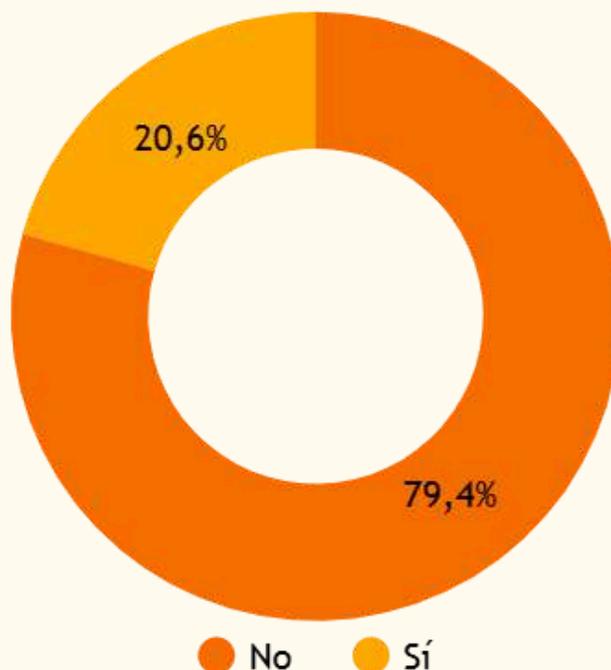
En los espacios laborales de Ecatepec, la violencia sexual no se queda entre paredes, también se borda con hilos invisibles en lo digital. Para muchas mujeres indígenas, migrantes o que no dominan completamente el español, la virtualidad no es un respiro, sino una extensión del telar de subordinaciones que ya enfrentan a diario. Las violencias digitales —aunque no toquen el cuerpo— también dejan puntadas punzantes: invaden, vigilan y aprietan fuerte como un hilo mal tensado. Nos relata Patricia, mujer otomí, lo que vivió:

Me empezaron a mandar mensajes en la noche, primero era de que si necesitaba ayuda con el trabajo, que si ya estaba descansando, pero luego eran puros mensajes con doble sentido, hasta fotos de su pene me llegó a mandar. No sabía cómo decirle que ya, me daba pena contarle a alguien, a quien sea. Patricia

Con el paso del tiempo, la acumulación de estas experiencias pasa factura. Muchas jóvenes describen el efecto como una carga emocional y psicológica creciente. Ir a trabajar implica armarse de valor y paciencia, tragarse corajes, poner “buena cara” frente a comentarios denigrantes, esquivar manos largas, reír por compromiso ante chistes misóginos. Cada día es un pequeño acto de supervivencia emocional, bordar con hilos tensos una rutina que, más que digna, se vuelve apenas soportable.

Y, además, todo ese desgaste rara vez encuentra salida en la justicia, porque, cuando lo vivido quiere ser nombrado, se topa con un muro. Cerca del 80% de las mujeres y disidencias encuestadas respondieron que no denunciaron formalmente la violencia sexual-laboral que vivieron, revelando que, más que una posibilidad, el acceso a la justicia sigue siendo una promesa lejana. El miedo, la vergüenza y la falta de garantías tejen un velo de silencio que envuelve sus historias. La revictimización institucional actúa como una tijera que corta las hebras del acceso a la justicia antes siquiera de que se pueda empezar a bordar una denuncia.

¿Realizaste alguna denuncia?



Honestamente yo nunca he sentido que no me pueda quejar de algo, pero quizá eso tiene que ver con mi personalidad. Aunque sí he sido testigo en otros trabajos de compañeras que tienen problemas así y ningún canal les ayuda, teniendo que recurrir a la presión social para poder sacar al elemento que las molestaba. Andrea

“Decidí no denunciar porque no pensé que fuera suficiente; no tenía pruebas, era extremadamente incómodo, pero prácticamente no interactuamos”, relató Patricia sobre el acoso sexual digital que vivió. Su testimonio condensa el sentir de muchas: crecimos aprendiendo a restarle importancia a lo que nos pasa, a cuestionar nuestras propias percepciones, a preguntarnos “¿y si estoy exagerando?”, incluso cuando el malestar era evidente, cuando el daño ya estaba hecho. Nos enseñaron a dudar antes que a nombrar. Así, el silencio se vuelve un bordado invisible que sostiene la impunidad.

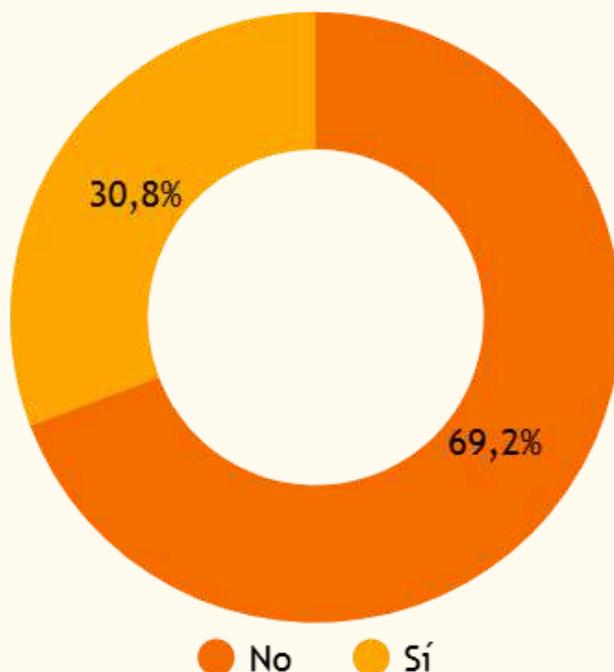
Incluso entre quienes sí decidieron denunciar, las rutas elegidas reflejan la profunda desconfianza hacia las instituciones. El 69.2% lo hizo dentro del mismo espacio laboral, apenas un 23.1% recurrió a la vía penal y sólo un 7.7% optó por una denuncia pública. Esta distribución revela que muchas personas prefieren hablar donde perciben, aunque sea mínimamente, la posibilidad de contención, antes que enfrentarse a un sistema judicial que responde, con demasiada frecuencia, con incredulidad, burocracia o castigo.

De quienes denunciaron, el 66.1% no recibió ningún tipo de apoyo. Y de las que sí, sólo el 33.9% dijo haberlo tenido. De estas últimas, 7.9% recibió atención médica de emergencia, sin acceso a una atención integral que incluyera curación de heridas, prevención de infecciones de transmisión sexual ITS (incluido VIH) o acompañamiento psicológico; sin embargo, al contrastar estos números con la pregunta sobre la revictimización, tan sólo 23.1% reconoce haberla vivido, 15.4% prefiere no decir y un 61.5% menciona que no se enfrentó a ella. Desde nuestra interpretación, mencionamos que esto se debe a que muchas palabras que explican procesos de salud y justicia son desconocidas por la población entrevistada, es decir, faltan muchos diálogos para fortalecer el reconocimiento de violencias en el territorio.

Fuente: Tablero de Violencia sexual en entornos laborales elaborado por Las Sabinas



¿Al realizar la denuncia hubo alguna sentencia o resolución?



Y cuando sí se denuncia, el camino hacia la justicia rara vez se deshila hasta el final. Según nuestra encuesta, de los casos que fueron denunciados, sólo el 30.8% tuvo una sentencia o resolución y de estos, únicamente el 25% culminó en una sentencia condenatoria. Otro 25% fue declarado como no culpable (resolución absolutoria), mientras que el 50% quedó estancado en medidas preventivas sin resolución definitiva.

En la mitad de los casos, el sistema simplemente no avanzó, no investigó, no reparó, no protegió. La institucionalidad, lejos de ser un hilo firme, se convierte en una trama de obstáculos, una red burocrática que más que sostener, estrangula. Una madeja que, en lugar de bordar reparación del daño, enreda las denuncias hasta que se olvidan en el fondo del expediente.

La mayoría de mujeres y disidencias jóvenes optan por el silencio como estrategia de sobrevivencia. Silencio o renuncia, esas son, muchas veces, las únicas salidas que permite el sistema laboral actual. Porque cuando alguien logra reunir el coraje para alzar la voz, lo que sigue no es justicia, sino una ruta empedrada de procesos revictimizantes: trámites infinitos, interrogatorios que se sienten como castigos, instituciones que dudan más de quien denuncia que de quien violenta. Lo que debería ser un acto de reparación se convierte en una nueva forma de desgaste.

Y es que la violencia no llega sola. Como lo explica Luz Adriana, está entramada en múltiples dimensiones de la vida:

Está muy entramada tanto la violencia territorial como la violencia familiar, con la de pareja o la del trabajo. Yo lo veo mucho con una amiga que ella ha pasado por todo eso y su familia la revictimiza, sus amigos, sus vecinos, todos la revictimizan; entonces, de entrada, si la gente con la que vives y a la que se supone que quieres, con la que convives no te trata con respeto, cómo vas a atreverte a emprender una denuncia o a querer hablar tan sólo de estos temas de violencia sexual en Ecatepec. Entonces, cuando se llega a hablar de esto de querer cambiar estos temas, pues te señalan. Luz

Si denunciar significa perder el trabajo, ser desacreditada o atravesar un desgaste institucional, muchas prefieren guardar silencio para no poner en riesgo lo poco que tienen. La violencia sexual-laboral se vuelve así un filtro perverso que expulsa a quienes no se adaptan al guión del abuso. O te callas o te desaparecen. O sobrevives o te desgastan hasta que renuncies.

Denunciar implica exponerse no sólo al agresor, sino también a una horda de hombres y de burocracia ciega, a estructuras profundamente marcadas por la corrupción, el clasismo, la misoginia y la impunidad. Donde la perspectiva de género aún es una excepción y la justicia —cuando llega— lo hace tarde, mal o nunca.

Para muchas, levantar la voz significa arriesgarlo todo, perder el trabajo, ser desacreditadas, cargar con el estigma o pasar por un camino institucional tan hostil que expulsa. La violencia sexual laboral se vuelve así un filtro perverso que diluye a quienes no se adaptan al guión del abuso.

Yo lo veo mucho entre hombres que se siguen solapando un montón de cosas porque las cosas siguen funcionando a partir de células muy masculinas, conjuntos masculinos pequeños son los que siguen vigilando las colonias donde yo vivía. Patricia

Una participante de la encuesta relató “No sabía que podía denunciar por acoso sexual. Lo único que hice fue decirle al dueño de la empresa y lo despidieron por eso”. Este testimonio, aunque podría leerse como un acto de agencia, revela en realidad una ausencia estructural: la falta de información clara, de acompañamiento, de rutas accesibles y de canales formales que reconozcan la violencia como lo que es. Muchas veces, las mujeres y disidencias jóvenes no saben que tienen derechos. O saben que los tienen, pero no cómo ejercerlos. Y cuando lo intentan, el sistema les exige pruebas imposibles, las somete al escrutinio, las obliga a justificarse ante funcionarios que no entienden, no creen o no escuchan, no cuentan con sensibilidad y formación en perspectiva de género ni mucho menos aplican los derechos humanos.

La falta de información, sumada a los procesos institucionales revictimizantes, se convierte en una barrera sutil pero feroz que paraliza. Como expresó una joven participante de los talleres:

Yo no sabía que si te despiden por denunciar acoso o violencia sexual puedes exigir que te paguen como si fuera un despido injustificado. Nadie nunca me lo explicó. Pensé que eso no existía, que no me iban a creer, que era algo que sólo pasaba y ya. Gaby

Su voz refleja lo que tantas personas sienten: una mezcla de incredulidad, desconocimiento y resignación frente a un sistema que no informa, que no acompaña y que parece diseñado para deslegitimar la palabra de quienes denuncian.

En un contexto donde el malestar es trivializado y la violencia jerarquizada —como si algunas agresiones fueran demasiado pequeñas para ser nombradas—, muchas aprenden a callar antes que arriesgarse al desgaste de una denuncia sin garantías. No es que no haya violencia, es que, muchas veces, denunciar parece más violento que sobrevivir en silencio.

Por eso, en esta investigación tejimos también con hilos de claridad y cuidado para decir que sí; que, si te despiden por alzar la voz, puedes exigir una indemnización; que no estás sola; que nombrarlo ya es un acto de resistencia. Porque cada punto bordado en esta tela común es una forma de abrir camino, de desafiar el silencio, de coser justicias que aún no llegan, pero que estamos dispuestas a hilar con nuestras propias manos.

Los datos de la encuesta confirman esta realidad: al preguntar por qué no denunciaron, el 16% señaló que enfrentaron presión en el trabajo, porque denunciar puede convertirte en “conflictiva”, “exagerada” o, simplemente, prescindible. El 14% mencionó la falta de apoyo en sus espacios laborales, mientras que un 8% señaló no haber tenido respaldo en sus entornos personales. Además, un 6% refirió trabas burocráticas o desconfianza en las autoridades, tanto laborales como judiciales, y otro 6% mencionó presiones personales.

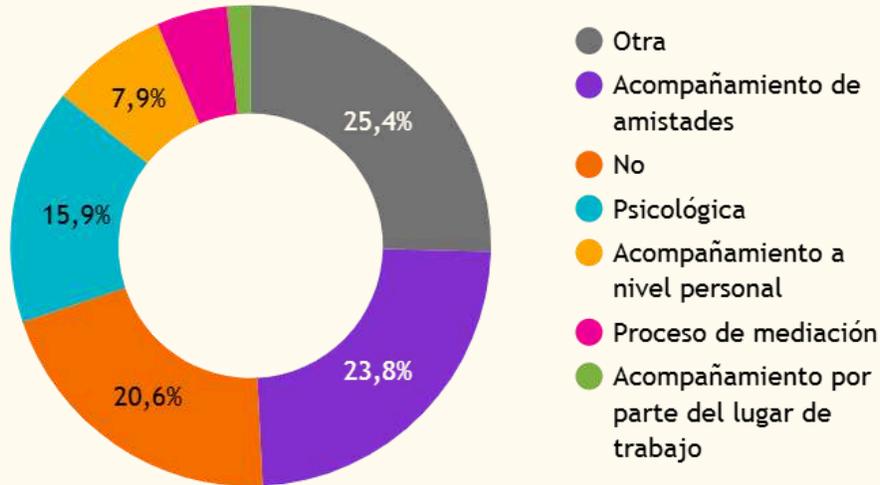
El 50% de las personas encuestadas eligió la opción “otra razón”. Y, aunque esa categoría no se desglosó, su peso simbólico es profundo. Ese “otra” no es un error de registro, es un archivo de lo innombrable. Es miedo al agresor, pero también miedo a lo que viene después: las represalias, el desempleo, la estigmatización, el juicio social, el desgaste emocional; es la duda sembrada en nuestras cuerpos: “¿me van a creer?”, “¿y si no fue tan grave?”, “¿y si no tengo pruebas?”, “¿es mí culpa?”.

Ese “otra” habla de la vergüenza internalizada, del aislamiento, de la falta de información y de la ausencia de redes que acompañen. Lejos de ser un vacío, es una costura invisible que atraviesa todas las demás respuestas. Un nudo apretado en la tela del silencio. Una puntada que no se ve, pero que sostiene, como tantas veces, todo el bordado de lo no dicho.

Casi la tercera parte de mujeres que vivió una violencia sexual (74.6%) manifestó no haber accedido a alguna forma de reparación del daño institucional. Del resto de personas que mencionaron acceder a procesos de reparación, entre quienes sí lo recibieron, para el 47%, las formas fueron tan variadas como insuficientes: un 15.9% accedió a atención psicológica; un 23.8% encontró contención en sus amistades; un 25.4% marcó “otra” forma de reparación, donde aparecieron menciones a procesos comunitarios como el acompañamiento de colectivas, redes entre compañeras, acciones restaurativas o mediaciones dentro del espacio de trabajo; y un 20.6% —una quinta parte— no tuvo absolutamente ningún tipo de seguimiento. Nadie preguntó cómo estaban, nadie volvió a coser el tejido.

Fuente: Tablero de Violencia sexual en entornos laborales elaborado por Las Sabinas

¿Tuviste acceso a otro tipo de reparación?



Algunas participantes hablaron del valor que tuvo para ellas compartir sus historias con otras mujeres u hombres, entre compañeras de edad similar, luego en espacios más amplios donde sacaron las palabras, el abrigo y la aguja.

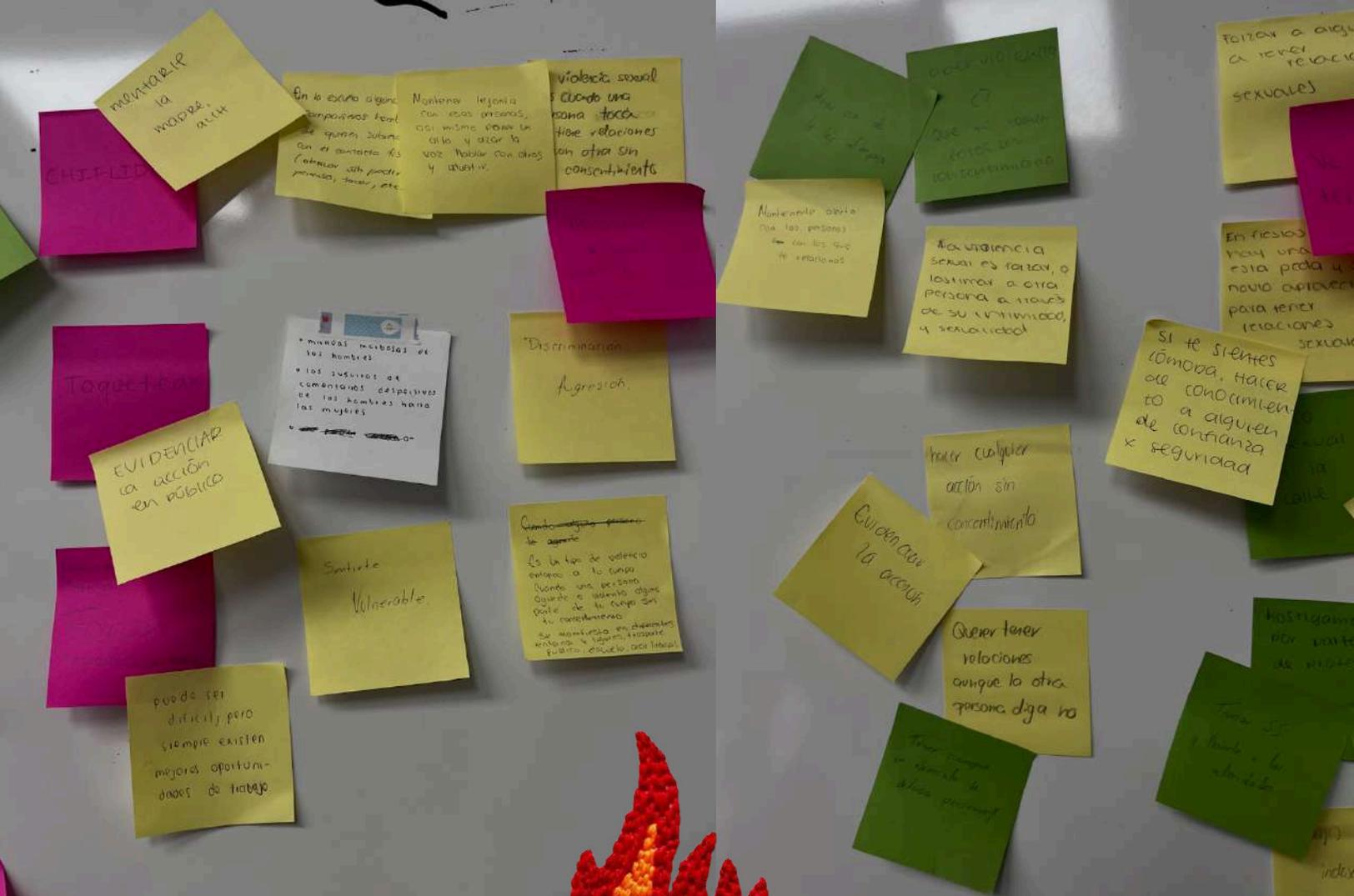
De la mayoría de mis compañeros, fue una completa indiferencia, solapamiento o de verlo y opinar con morbo y de manera intrigosa. Pocos compañeros han sido de manera empática, tratando de apoyarme y asesorarme. Sobre todo compañeros que tienen preparación y criterio propio o que han padecido lo mismo se han involucrado más para aconsejarme, pero sin meterse de más, como testigos, por temor a tener problemas con los mismos compañeros violentos o con superiores. De mis superiores en varias ocasiones recibí llamadas de atención, pues quienes me violentaban eran los primeros en emitir reportes en mi contra, difamando mi persona y, sin investigación propia, terminaban haciendo caso omiso de la situación o asumiendo que era la única verdad. Andrea

Me acuerdo que un compañere se dio cuenta porque le empezó a hacer lo mismo; a él le leían como mujer, entonces, de entrada siempre le hablaban en femenino y no decía nada para no meterse en broncas, pero yo sabía que se identificaba como persona no binaria y este chique se dio cuenta del vigilante, pero todos los demás si lo llegaban a ver no les importaba o no mencionaba nada, hasta que se me acercó y me dijo, oye ¿estás bien? Es que sí he visto que como que te agarra a la fuerza, como que te agarra de la cintura y te obliga a despedirte de él y ya le conté que no sabía qué hacer porque tenía miedo de que no me creyeran y que me quisieran correr. Luz

Luz Adriana recuerda a un compañere, acercándose y preguntando ¿estás bien? Ese gesto, que parecía menor, fue su primer y único borde de contención ante el hostigamiento sexual en una librería por parte de un señor de más de 40 años. Nunca puso la denuncia. Tenía miedo de que no le creyeran. El respaldo de su compañere no borró el daño, pero sí tejió una primera puntada de cuidado. Ese gesto entre pares no parece menor, contrasta con un entorno adultocentrista donde el poder y la credibilidad se depositan en figuras mayores. La voz de Luz fue silenciada antes incluso de hablar por una jerarquía laboral y social que desconfía de las juventudes.

Me juntaba con los vecinos chicas de la tiendita, pero también eran los que cuidaban la colonia, yo sabía que si les hablaba me protegerían cuando estaban los viejos raboverde al bajar de la combi. Gaby

Mi terapeuta me dijo que una cree que sólo le pasan a una las cosas, hasta que lo hablas con otras... entonces empiezas a entender que no estás sola, que es algo estructural, reconocerse en la voz de la otra, bordar colectivamente la rabia y la memoria, para mí ir a terapia fue también una forma de reparación, mi justicia. Patricia



La reparación, en Ecatepec, muchas veces no viene del Estado, viene del abrazo de una amiga, de un amigo, de una colectiva u organización que cree tu historia, de un taller donde por fin puedes decir “esto me pasó” sin que nadie lo cuestione.

Esos gestos, aunque no siempre reconocidos oficialmente, son costuras profundas, puntadas que no sanan todo, pero sostienen. En un municipio donde la institucionalidad falla y el silencio pesa, cada red de acompañamiento es un telar político. Porque ahí donde la justicia institucional no llega, florecen otras formas de justicia: tejidas, colectivas, con aguja, palabra, activismos, scratches, digna rabia y ternura.

6.4 Ascenso y liderazgo

Si conseguir y mantener un empleo ya es un desafío monumental, ascender en el mundo laboral presenta otro nivel de dificultad para las mujeres y disidencias jóvenes de la periferia. En teoría, el tiempo y la experiencia deberían traducirse en promociones, aumentos salariales o posiciones de liderazgo. En la práctica, muchas mujeres y disidencias ven truncado su crecimiento profesional a causa de las mismas violencias y prejuicios que las acosaron desde el principio, ahora manifestados de formas quizá más sutiles pero igualmente determinantes.

El techo de cristal en Ecatepec está hecho de concreto, a las capas de sexismo se suman las de clasismo y racismo territorial que mantienen a estas juventudes en puestos bajos, temporales o inestables. Pocas llegan a ser jefas, la mayoría quedan en un ciclo de empleos sin escalafón, rotando de un trabajo precario a otro para escapar del último agresor o del ambiente insostenible. Aquellas con aspiraciones de liderazgo se topan con un sinfín de trabas: desde la falta de confianza de sus superiores “eres muy joven para ese puesto”, “no tiene madera de líder”, hasta represalias abiertas si sobresalen demasiado, porque atreverse a destacar puede significar convertirse en blanco de envidias y hostigamiento.

“En cuanto vieron que yo tenía potencial, empezaron a hacerme la vida imposible”, resume Patricia, tras años sin ser promovida, descubrió que su jefe bloqueaba sus ascensos porque “era mujer, morena, de un municipio violento y además indígena”.

Historias similares abundan entre mujeres y disidencias jóvenes trabajadoras y profesionistas periféricas: se les niega el ascenso que merecen y terminan por renunciar o las despiden antes de tener que ascenderlas, contratando en su lugar a algún conocido “de confianza”, casi siempre hombre, urbano y heterosexual. La violencia sexual aparece como un mecanismo de control y coerción cuando alguna mujer joven intenta progresar o simplemente conservar un puesto, el testimonio de Beatriz nos da cuenta de ello:

“A los 19 años, mi jefe me chantajeó para que le diera sexo oral, amenazando con quitarme el trabajo. Tuve que hacerlo. No pude decir nada porque tenía deudas y era la principal entrada de dinero en mi casa [...] Me encerró con llave en la oficina contigua a la de su esposa, abusó de mí con total impunidad. Seguí trabajando ahí por un tiempo, tragándome el asco y la humillación, porque necesitaba el sueldo. [...] No me ascendieron; por el contrario, siempre me echaba bronca de todo [...] Hoy años después, me doy cuenta que ni siquiera me imaginé denunciarlo: “¿Quién me hubiera creído? Era su palabra contra la mía, él era el dueño de la empresa, yo sólo una empleada.

En el otro trabajo, siendo promotora de celulares, un cliente me esperó a la salida porque le dije que no quería tomar un café con él. Comenzó a seguirme por la calle, pidiéndome que me subiera a su carro, hasta que me encontré con un conocido y fingí que era mi novio para que el desconocido se fuera. Beatriz

La amenaza de despido fue utilizada como arma para asegurar su sometimiento. Nunca ha podido ascender en ninguno de esos empleos; de hecho, terminó abandonándolos, hoy prefiere autoemplearse. Su caso muestra cómo la violencia sexual puede provenir de distintas direcciones (superiores, clientes, colegas) y truncar el desarrollo laboral de una persona en más de un ámbito.

Como lo muestra el testimonio de Beatriz, muchas mujeres y disidencias han experimentado múltiples agresiones a lo largo de su vida laboral. Al recuperar las historias en esta investigación, vimos que varias entrevistadas u encuestadas reportaron más de un incidente de violencia sexual en el trabajo a lo largo de sus trayectorias laborales. Es decir, quien vivió acoso en un empleo, quizás también lo vivió en el siguiente o vivió diferentes tipos de violencia en el mismo lugar. Esto evidencia que no es un problema aislado, sino una violencia estructural.

Tanto en el ámbito laboral como en el personal, mujeres y disidencias suelen ser víctimas de manipulación psicológica que busca erosionar su confianza, intimidación constante, amenazas, aislamiento social son estrategias que funcionan como hilos invisibles de control y sometimiento. Esta violencia emocional muchas veces se traduce en límites “autoimpuestos” en su trayectoria profesional, como no postularse a ciertos empleos por sentir que no están preparadas o pensar que no merecen ascender.

Hay empleadores que, deliberadamente, minan la seguridad de las personas trabajadoras jóvenes para que “no se les suban los humos”, reforzando jerarquías de poder basadas en género, edad y estatus socioeconómico.



DDC

6.5 Despido y desvinculación: el hilo cortado de manera abrupta

El despido suele ser la puntada final de un tejido ya desgastado por la violencia. No es sólo perder un empleo, es ser expulsadas de un espacio que, aunque hostil, representaba sustento, rutina y sentido de propósito. Para muchas mujeres y disidencias jóvenes en Ecatepec, ese momento llega no por incompetencia, sino por atreverse a nombrar la violencia o simplemente por existir desde una identidad que incomoda al poder.

Las razones oficiales del despido muchas veces suelen estar disfrazadas de frases neutras como "no te adaptaste a la cultura de la empresa" o "tu desempeño ya no era el esperado", pero detrás de estas excusas se esconden patrones de castigo: haber denunciado acoso laboral, haber dicho que no a una invitación incómoda, haber vuelto de una licencia de maternidad, haber hecho pública tu orientación sexual o tu identidad de género, o la negación de algún derecho.

Con frecuencia, cuando una mujer o persona disidente es despedida, su salida viene acompañada de comentarios revictimizantes. La mayor parte de las veces la lesbobitranfobia suele disfrazarse de reestructuraciones o recortes de personal. De acuerdo con la Encuesta Nacional sobre Discriminación (INEGI, 2022), el 34% de las mujeres trans reportaron haber perdido empleos por su identidad de género. La desvinculación es usada como castigo ejemplarizante para quien rompe el pacto de silencio. Además, la violencia sale barata para los agresores y costosa para las sobrevivientes, quienes cargan el daño emocional y el económico, ya que suelen no tener acceso a indemnizaciones, ni prestaciones, a falta de orientación legal o psicológica tras el despido. En estas circunstancias terminan subsistiendo con trabajos eventuales, ventas informales, etc.

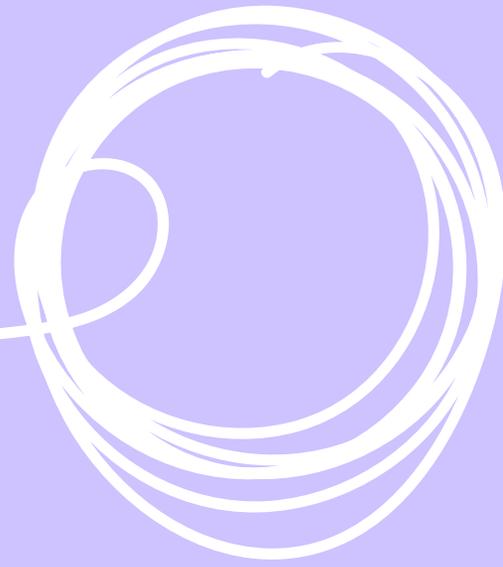
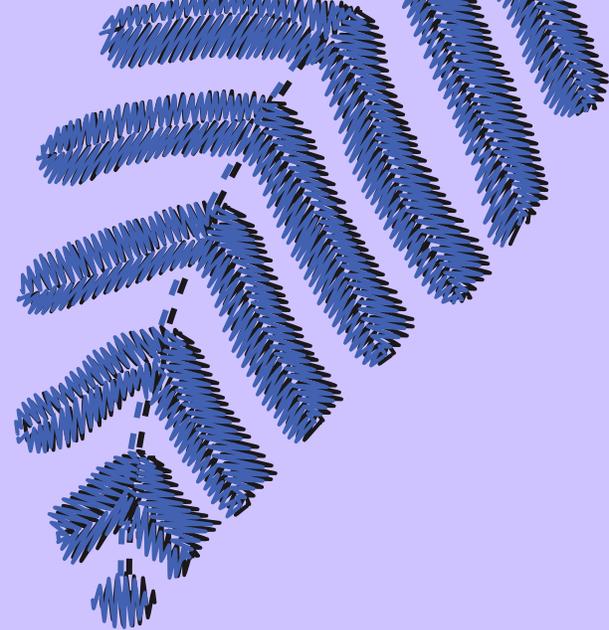
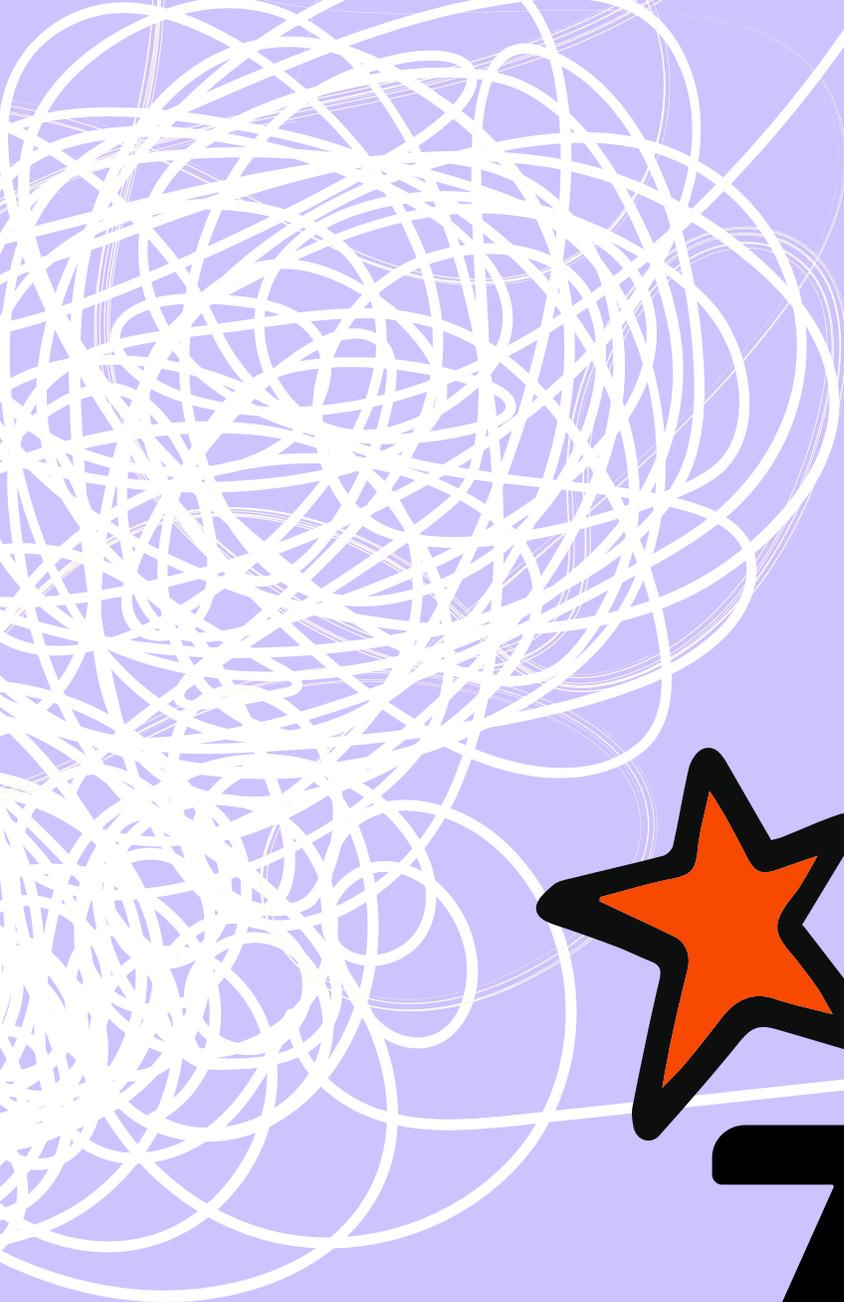
El adultocentrismo, el patriarcado y la cisheteronorma se entrelazan en los telares laborales para reforzar exclusiones. Ser joven, ser mujer, ser indígena, ser trans o no binaria son hilos que el sistema intenta cortar antes de que se entretejan con fuerza.

Una joven indígena de 18 años contó cómo soportó insultos racistas y toqueteos hasta poder renunciar por su cuenta. “Si no me corrieron antes, fue porque aguanté vara”. Patricia

En el primer trabajo definitivamente decidí salirme por todas las violencias combinadas, no duré ni un mes. En el ciber café me daban miedo ya los señores que llegaban solos y me obligué a siempre tener atento a alguno de los locatarios de al lado para poder pedir ayuda. En el otro, la verdad es que sí me hacía sentir incómoda mientras estuvo insistente el señor, pero después de eso ya no entraba a la tienda más que en contadas ocasiones. Andrea

Las consecuencias no se limitan a lo económico: muchas quedan sin carta de recomendación, “funadas” en los gremios, estigmatizadas para futuros proyectos, sin liquidación (pues son forzadas a renunciar, sin acceso a apoyo legal o psicológico). En el mejor de los casos, sobreviven en la informalidad, vendiendo productos, haciendo trabajos esporádicos. En el peor, quedan paralizadas. Algunas trabajadoras mayores se convierten en protectoras informales de las más jóvenes, advirtiéndoles “no te quedes a solas con tal supervisor” o acompañándolas al transporte cuando salen tarde. Grupos de compañeras crean redes de apoyo discretas, se pasan la voz sobre clientes peligrosos, se cubren unas a otras para evitar que algún acosador las arrincone, aconsejan a la nueva sobre cómo reaccionar. Incluso hay hombres aliados que, como el coordinador que frenó al “supervisor besucón”, usan su autoridad para poner un alto cuando se enteran de abusos. Son actos políticos que, aunque insuficientes para dismantelar el problema, al menos ofrecen respiros y demuestran que no estamos solas. A pesar de este abandono institucional, emergen redes de contención que funcionan como puntadas de reparación. Organizaciones y colectivas locales han tejido espacios de escucha, asesoría jurídica gratuita y acompañamiento emocional. Así, el despido deja de ser un final solitario y se convierte en un punto de encuentro.





**DESENREDANDO PARA
PROPONER: LAS LUCHAS
CONTINÚAN**

Esta investigación nos lleva a comprender cómo la violencia sexual en los entornos laborales de Ecatepec no es un fenómeno aislado, sino el resultado de una combinación de factores estructurales, socioeconómicos y culturales que perpetúan la explotación y el abuso. Ecatepec, con su alta densidad poblacional, desigualdad urbana y marginación económica, crea un entorno que limita las oportunidades laborales para las mujeres y las disidencias sexo-genéricas. La falta de infraestructura básica, transporte seguro y servicios públicos adecuados hace que muchas personas dependan de empleos informales, en los que las condiciones laborales son extremadamente precarias y la protección contra la violencia, casi inexistente.

El transporte público inseguro, las calles mal iluminadas y las distancias hacia los centros de empleo dificultan no sólo el acceso al trabajo, sino también el movimiento seguro. Este aislamiento territorial perpetúa la pobreza y aumenta la vulnerabilidad de mujeres y disidencias a sufrir violencia sexual durante los traslados diarios.

La violencia sexual en el trabajo se presenta en diversas formas, desde el acoso verbal y los comentarios lascivos hasta agresiones físicas más graves. Lamentablemente, muchas de estas expresiones se han normalizado, especialmente en el transporte público o los trayectos laborales.

Para las mujeres y las disidencias, estas experiencias son agravadas por una cultura de silencio. La naturalización de la violencia, combinada con la revictimización institucional, dificulta que las víctimas denuncien y reciban apoyo. Como explicaron varias personas entrevistadas, cuando intentan alzar la voz, enfrentan procesos burocráticos largos y traumáticos, además de la desconfianza en las autoridades.

El racismo y el capacitismo estructural también tienen un impacto significativo en la dinámica laboral de Ecatepec, especialmente para las mujeres indígenas, afrodescendientes o con discapacidades. Estas poblaciones enfrentan menores oportunidades de empleo, salarios más bajos y barreras para el desarrollo profesional. Además, los prejuicios de los empleadores refuerzan las condiciones de vulnerabilidad, perpetuando la exclusión y la pobreza.

Para abordar la violencia sexual en los entornos laborales, es fundamental implementar estrategias integrales que incluyan educación, políticas públicas y redes de apoyo comunitario.

En Ecatepec, como en muchas otras regiones de México, existe una cultura del silencio que rodea la violencia sexual-laboral que se perpetúa a través de normas sociales que minimizan o justifican el comportamiento abusivo, así como por un sistema judicial que a menudo no responde de manera adecuada a las denuncias de las víctimas. La normalización de la violencia sexual y la falta de una respuesta efectiva por parte de las instituciones contribuyen a que muchas víctimas prefieran guardar silencio antes que enfrentarse a un proceso que perciben como ineficaz o incluso revictimizante. Esto es especialmente crítico en contextos informales donde no existen contratos ni seguros de protección y donde la denuncia puede resultar en la pérdida del empleo sin posibilidad de compensación.

Aunque la Ley Federal del Trabajo en México reconoce el derecho a un ambiente libre de violencia, su implementación en Ecatepec es limitada. Los altos niveles de informalidad y la falta de recursos de inspección laboral así como la corrupción dificultan la aplicación de las leyes, dejando a las mujeres y disidencias en una situación de desprotección.

La teoría feminista enfatiza la necesidad de que el Estado intervenga de manera activa para erradicar las formas de opresión que afectan a los grupos vulnerables. Es fundamental que las instituciones promuevan políticas efectivas que reconozcan las distintas formas de violencia que enfrentan mujeres y disidencias, y que desarrollen protocolos de atención que respondan a sus realidades específicas.

Para abordar la violencia sexual en los entornos laborales, es fundamental implementar estrategias integrales que incluyan educación, políticas públicas y redes de apoyo comunitario. Entre las acciones que encontramos más urgentes se encuentran:



1. Mejora de infraestructura y seguridad pública.

- Instalar sistemas de vigilancia y mejorar la iluminación en calles, rutas de transporte y áreas públicas, así como la accesibilidad para personas con alguna discapacidad.
- Diseñar políticas que garanticen el acceso seguro a los espacios laborales, especialmente para quienes trabajan turnos nocturnos y trabajan en el comercio informal.

2. Capacitación y sensibilización.

- Implementar talleres obligatorios en empresas para prevenir el acoso sexual y educar a los empleados sobre derechos laborales.
- Crear protocolos accesibles y efectivos de denuncia dentro de los lugares de trabajo.
- Establecer políticas de Tolerancia Cero en cualquier centro de trabajo.

3. Acceso a servicios de apoyo integral.

- Establecer centros de apoyo psicológico, legal y médico que brinden atención especializada a sobrevivientes de violencia sexual en horarios y ubicaciones convenientes para ellas.
- Promover programas de emprendimiento y capacitación laboral para empoderar económicamente a las mujeres y disidencias.

4. Fortalecimiento de políticas públicas.

- Crear y aplicar políticas con perspectiva de género que sancionen la violencia sexual en los entornos laborales, pero también que la prevengan.
- Realizar campañas de concienciación comunitaria para desafiar la normalización de la violencia y educar a la población sobre sus derechos laborales.

5. Redes de solidaridad y apoyo.

- Fomentar espacios comunitarios donde las víctimas puedan encontrar apoyo, compartir sus experiencias y recibir orientación.
- Generar vínculos con organizaciones civiles que ofrezcan acompañamiento desde enfoques feministas y de derechos humanos.

6. Recopilación de información y casos a nivel local.

- Recabar datos sobre las mujeres y disidencias jóvenes de Ecatepec para conocer y atender efectivamente sus necesidades al vivir una violencia sexual-laboral.

Más allá de los números, esta investigación nos permitió acercarnos a las historias y vivencias de mujeres y disidencias en Ecatepec. Nos recordó que la violencia sexual no es sólo un problema individual, sino un síntoma de un sistema que permite y normaliza estas agresiones.

En este proceso, el arte y el bordado se convirtieron en herramientas para sanar y resistir. Estos espacios visibilizan las experiencias de quienes enfrentan la violencia y, al mismo tiempo, son un llamado a la acción colectiva. Sabemos que transformar los entornos laborales en espacios seguros y dignos no es tarea sencilla; no obstante, creemos firmemente que, con educación, solidaridad y cambios estructurales, podemos construir un Ecatepec donde todas las personas tengan derecho a un trabajo libre de violencia y discriminación. Porque la resistencia y la organización comunitaria están presentes y juntas, podemos lograr un cambio real y duradero.



**OTROS HILOS QUE
COMPLETAN ESTA MADEJA**



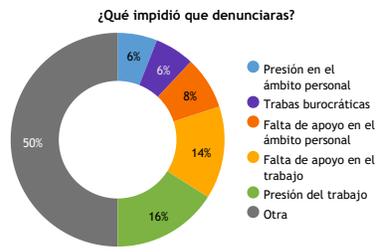
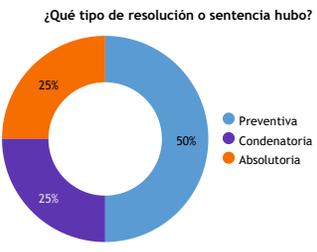
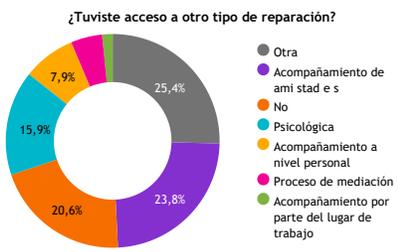
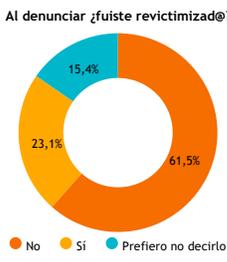
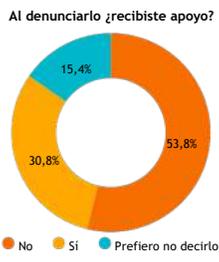
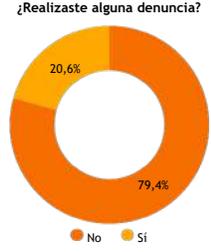
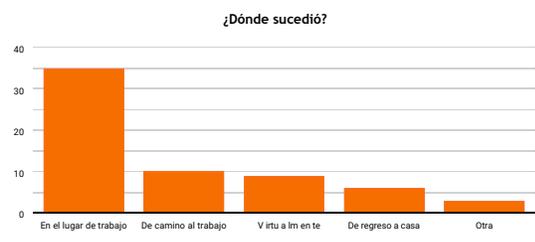
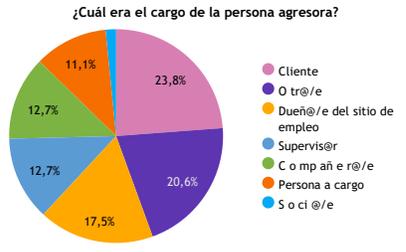
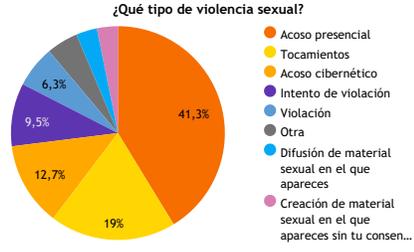
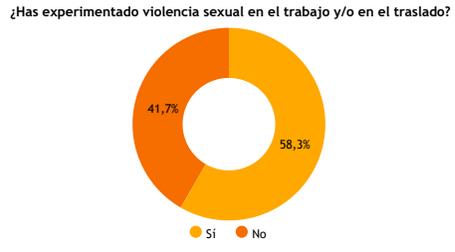
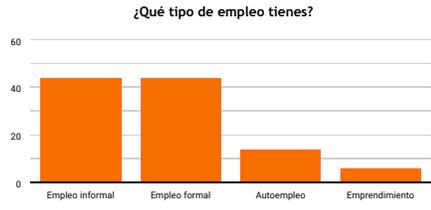
Violencia sexual en entornos laborales

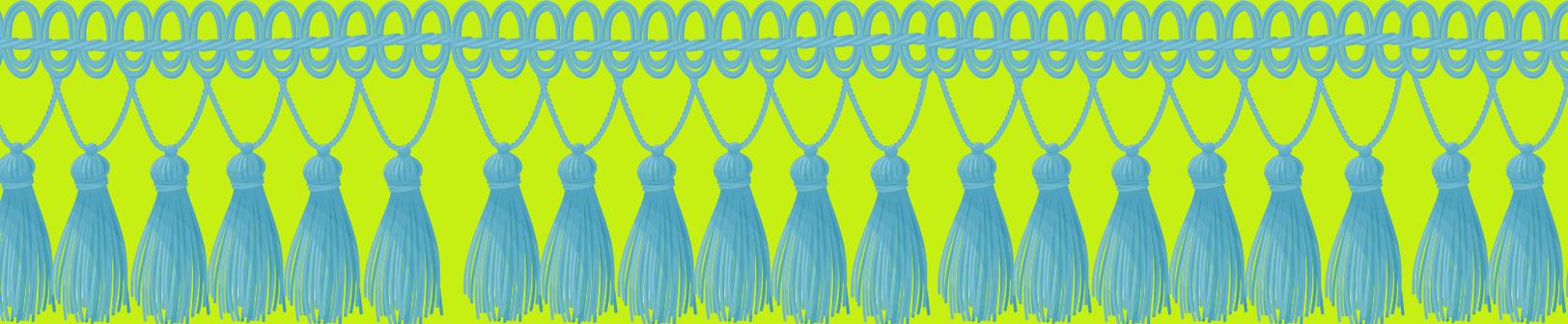


¿Cómo te identificas?		T ot al
Escriba el término de búsqueda		
Mujer		101
Persona no binaria		6
Transexual		1

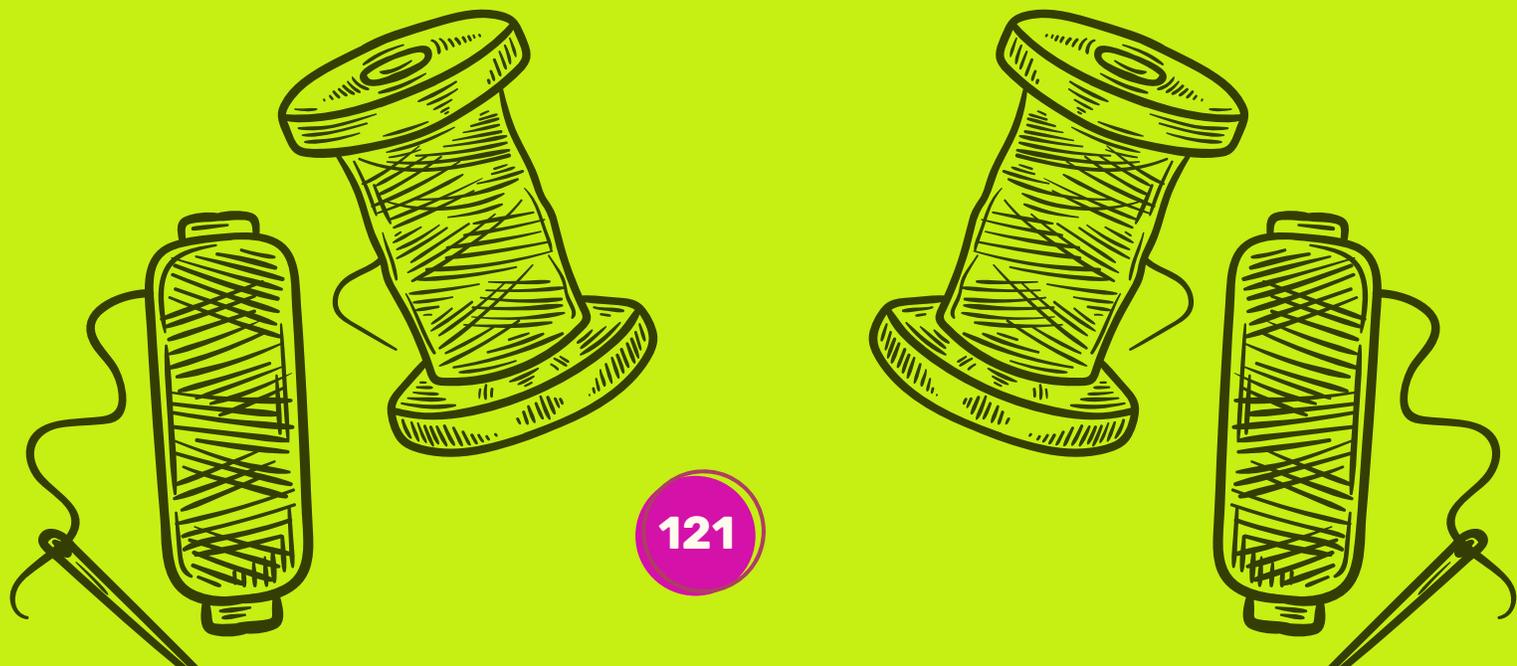
¿Dónde trabajas?		T ot al
Escriba el término de búsqueda		
Ecatepec		59
Ciudad de México		41
Otro		8

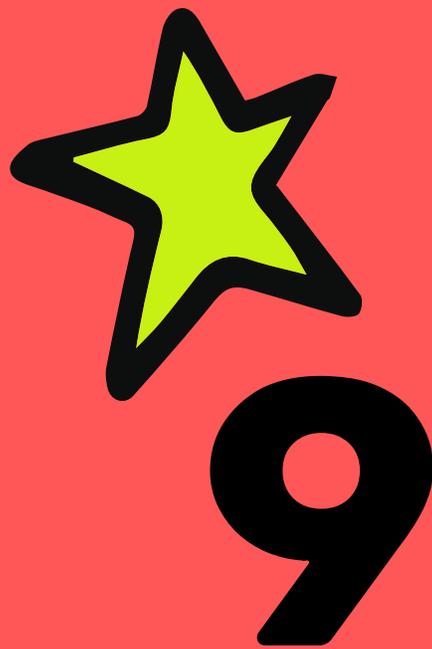
¿Radicas en Ecatepec?		T ot al
Escriba el término de búsqueda		
Sí		93
No		15



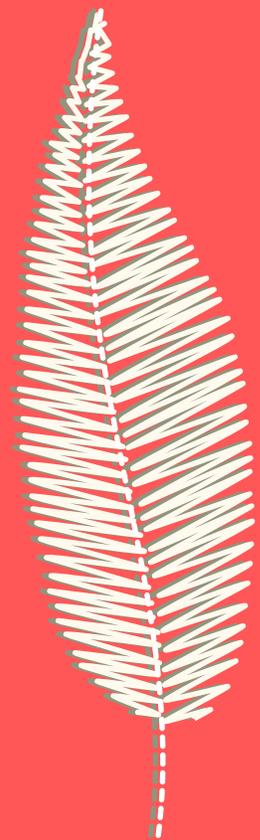


**Aquí puedes consultar el tablero,
si deseas tener los datos aplicando otros filtros.**





**HILVANES Y
COSTURAS
DE SABERES**

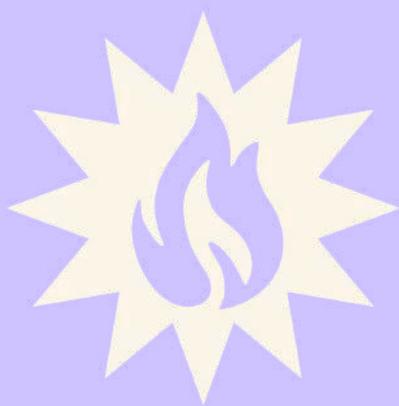


- ARENDT, H. (1958). [The Human Condition](#). University of Chicago Press.
- CABNAL, L. (2010) ["Acercamiento a la construcción de la propuesta de pensamiento epistémico de las mujeres indígenas feministas comunitarias de Abya Yala"](#) en [Feminismos diversos: el feminismo comunitario](#), Acsur Las Segovias, Madrid, 11-25.
- CONAPRED. (2019). [Resumen Ejecutivo. Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación Encuesta sobre Discriminación por Motivos de Orientación Sexual e Identidad de Género 2018](#).
- CONEVAL. (2020). [Informe de Evaluación de la Política de Desarrollo Social en México](#).
- CRENSHAW, K. W. (1989). [Interseccionalidad](#). Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera.
- AGUILAR, M. (2005). [La dimensión estética en la experiencia urbana. Lugares e imaginarios en la metrópolis](#), 137-147.
- BUTLER, J. (([1990] 2007),). [El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad](#). Barcelona, Paidós.
- DESARROLLO, B. I. (2021).
- DOROTEO, C. (2021) [Juventudes y Activismo : Análisis de las modalidades de acción política](#). Universidad Autónoma Metropolitana. Unidad Xochimilco. Consulta 23/12/24.
- DOS SANTOS, T. (2007). [Del terror a la esperanza. Auge y decadencia del neoliberalismo](#). Venezuela, Editorial Monte Ávila.
- EDOMEX, P. (9 de agosto de 2022). [Alto porcentaje de jóvenes de 15 a 29 años en Ecatepec no asiste a la escuela](#). Poder Estado de México.

- FANON. F. (1961). [Los condenados de la tierra](#). Colectivo Editorial Último Recurso.
- FANON. F. (2010) [La experiencia vivida del negro](#). En *Piel negra, máscaras blancas* (11-132).
- FANON, F. ([1961] 2009). [Piel Negra, Máscaras Blancas y Negras](#). Madrid: Ediciones Akal.
- FOUCAULT, M. (1975). [Vigilar y castigar](#). Buenos Aires: Siglo XXI.
- GARROCHO, C. y CAMPOS, J. (2005). [La población adulta mayor en el área metropolitana de Toluca, 1990-2000](#). *Papeles de población*, 71-106.
- GONZÁLEZ, L. (1984). [Racismo y sexismo en la cultura brasileña](#). *Revista de ciencias sociales* pág:223-244.
- HERNÁNDEZ, J. (2023). [Inclusión, exclusión e integración de los migrantes y procesos de interculturalidad en el ámbito laboral en empresas contratistas agrícolas de la comuna de Melipilla](#) (Doctoral dissertation, Universidad Tecnológica Metropolitana). México.
- INEGI. (2022). [Encuesta Nacional sobre Discriminación México \(ENADIS\)](#)
- INEGI. (2024). [Indicadores de ocupación y empleo](#). Comunicado de prensa número 389/24.
- INEGI. (2022). [Encuesta Nacional sobre Discriminación México](#).
- INEGI. (2021). [Encuesta Nacional sobre la Dinámica de las Relaciones en los Hogares \(ENDIREH\) 2021](#).

- INEGI. (2023). [Encuesta Nacional sobre Diversidad Sexual y de Género \(ENDISEG\)](#).
- INEGI. (2023). [Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo \(ENOE\)](#).
- INEGI. (2022). [Encuesta Nacional sobre Discriminación \(ENADIS\)](#).
- LEFEBVRE, H. (1974). [La producción del espacio](#). Paris: Éditions Anthropos.
- LEGISLATURA DEL ESTADO DE MÉXICO. (2008). Periódico Oficial Gaceta del Gobierno. [Ley de Acceso de Las Mujeres a una Vida Libre de Violencia del Estado de México](#). Obtenido de <https://legislacion.edomex.gob.mx/sites/legislacion.edomex.gob.mx>
- LUGONES, M. (2008). [The coloniality of gender. Worlds & Knowledges Otherwise](#), 2(2), 1-17.
- MORAGA, C. H. (1988). [Esta puente, mi espalda: voces de mujeres tercermundistas en los Estados Unidos](#). San Francisco: Ismo.
- OBSERVATORIO DE TRABAJO DIGNO. (2021). Datos de enero-marzo 2021. [México: Acción Ciudadana Frente a la Pobreza](#). Obtenido de Frente a la Pobreza mx.
- OIT. (2022). [Experiencias de violencia y acoso en el trabajo: Primera encuesta mundial](#). En colaboración con la Fundación Lloyd's Register y Gallup.
- RESTREPO, E. (2018). [Etnografía. Alcances, técnicas y éticas](#). LIMA: Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- RIBEIRO, D. (2019). [Pequeno manual antirracista](#). Companhia das letras

- ROBLES, D. SÁNCHEZ, B. & BELTRÁN, J. (2019). [La informalidad en las zonas metropolitanas de México: un análisis de sus principales determinantes](#). *Desarrollo y Sociedad* (83), 219–262.
- SEGATO, R. (2013). [Género y colonialidad: del patriarcado comunitario de baja intensidad al patriarcado colonial moderno de alta intensidad](#). En SEGATO, *La crítica de la colonialidad en ocho ensayos y una antropología por demanda*, 69–100. (págs. 69–100). Buenos Aires: Prometeo Libros.
- SEGATO, R. (2013). [La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez: territorio, soberanía y crímenes de segundo estado](#). Universidad del Claustro de Sor Juana, México.
- SEGATO, R. (2018) [Contra pedagogías de la crueldad](#). Buenos Aires Argentina: Prometeo Libros.
- YUDERSKYS, E. (2008). [Hacia una crítica del pensamiento heterosexual desde una mirada decolonial](#).



LAS SABINAS

www.lassabinas.org

 [_Las_Sabinas](https://www.instagram.com/_Las_Sabinas)

 [/ Las Sabinas](https://www.facebook.com/Las_Sabinas)

 [@Las Sabinas](https://www.youtube.com/@Las_Sabinas)